

1^{PLA}

EDICIONES BISTAGNE

JEAN BARA
MICHELLE MASSE
COLETTE DAREUIL
MADELEINE GUITTY



LA VIRGEN

DE LA

ROCA



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE-Pasaje de la Paz, 10 bis-Tel. 18841-BARCELONA

La Virgen de la Roca

Maravillosa producción sentimental, cuya acción tiene por cuadro
los sublimes lugares de Lourdes.

Argumento y realización de
Georges Pallu

Es un film distribuido por la reputada marca
FEBRER Y BLAY

Rambla de Cataluña, 118

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

COLETTE DARFEUIL	en el rôle de	<i>Regina Dormoy</i>
Simone Vaudry	« «	<i>Cecilla Luxeuil</i>
Madeleine Guitty	« «	<i>Claudina</i>
Gaby Basset	« «	<i>Ana</i>
Georges Melchior	« «	<i>Dormoy</i>
El niño Jean Bara	« «	<i>Gerardo</i>
Micheline Masson	« «	<i>Bernadette</i>
Marc Dantzer	« «	<i>Luxeuil</i>
Jean Garat	« «	<i>Él Doctor</i>
Max Lerel	« «	<i>Fermin</i>

Unas palabras antes de empezar

“LA VIRGEN DE LA ROCA” no es una película más.

Film de nueva modalidad, “LA VIRGEN DE LA ROCA”, no dejará de destacarse en el horizonte de la cinematografía como un faro magnífico de luz y de esperanza regeneradora...

“LA VIRGEN DE LA ROCA” llega con su nueva orientación a ser como la guía del sentimiento, como la purificación del instinto, como la ruta que se abre nítida y esplendorosa para que por ella penetren las generaciones nuevas y beban en las fuentes puras que de ella emanan.

“LA VIRGEN DE LA ROCA” se coloca en el más elevadísimo nivel y va hacia la luz que sólo puede emanar de un puro sentimentalismo y de la visión clara y precisa de las regiones nítidas en donde tienen

cabida únicamente las grandes ideas y los nobles sentires.

El *sprit* francés, puesto al servicio de esta cinta de una belleza purificadora, ha hecho de ella una verdadera maravilla de la moderna cinematografía. Romántica sin cursilería, pura sin ficción, ferviente sin ñoñería, “LA VIRGEN DE LA ROCA” nos muestra cómo el cine puede ser una fuente inagotable de cultura del sentimiento y cómo puede llevarnos por caminos hasta ahora desconocidos hacia una noble comprensión de los dolores humanos que en esta cinta cobran una realidad emocionada y conmovedora.

Es una cinta toda sentimiento, en la que los personajes apenas tienen vida corpórea, en donde todo está sometido al yo interior que se re-

fleja en una mirada, en una sonrisa, en una sola palabra de duda, de esperanza o de consuelo. No ha necesitado de un diálogo brillante, ni de una música fascinadora, ni de escenarios preparados de antemano; le ha bastado con meterse dentro de las almas y coger por escenario esa magnificencia de las montañas que rodean el valle de Lourdes, en el que hace apenas tres cuartos de siglo se edificó la gran Basílica en honor de la Inmaculada Concepción.

Los personajes se mueven en la cinta empujados por el sentimiento, por el soplo del espíritu, que es en unos dulce y en otros rebelde; lleno de amor en los resignados y de odio en los descontentos... El espíritu lo es todo en el film y para que el espíritu tuviera todavía una

mejor representación, se nos presenta en "LA VIRGEN DE LA ROCA" las dos psicologías infantiles que son el eje central de toda la cinta, en torno a las que las demás sólo son figuras secundarias... Espiritualidad llevada a su máxima potencia en la espiritualidad infantil que no está todavía dañada ni influenciada por los choques de la vida... Espiritualidad que es como un hálito de consuelo en esta época de materialismo inconsciente y bárbaro que ha segado en flor todos los puros instintos de los hombres.

"LA VIRGEN DE LA ROCA" es el arco triunfal que se levanta ante la nueva ruta abierta a la cinematografía y bajo el cual invitamos a pasar a nuestros lectores para que por ellos mismos juzguen de todo el valor espiritual de este film.

La Virgen de la Roca

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

REGINA DORMOY

El palacete, señorial y elegante, alzaba su silueta de neta estructura francesa, al fondo de un jardín suave, umbrío bajo los altísimos castaños y lleno de sol tibio y dulce en el gran parterre cubierto de finísimo césped que se abría ante la mansión.

Era uno de esos palacetes que dan al barrio de Passy su aspecto de rancia nobleza y de señorío inconfundible, uno de esos palacetes en los que la aristocracia francesa se ha encerrado y vive en ellos con el mismo lujo y refinamiento y acaso con más exigencias que sus antepasados, en esta época de demo-

cracia e igualitarismo que no consigue destruir totalmente las barreras alzadas por la educación y por las costumbres que se han labrado a través de los siglos.

Regina Dormoy, bella, elegante, magnífica, era la dueña de aquella casa en la que todo hablaba de una mujer de gusto exquisito. Regina había contraído matrimonio con Dormoy, hombre elegante también, también mundano, también de rancia nobleza francesa, que había rodeado a su mujer, a aquella linda flor de salón, con todo lo que la más exigente de las amantes y la más mimada de las mujeres pudiera anhelar. Nada faltaba a la dicha de los esposos. Para que ésta fuera

completa habían tenido un hijo, un niño encantador, que ahora tenía apenas cinco años, y que era la delicia de sus padres... en las horas que éstos le podían dedicar.

El pequeño Gerardo no vivía en íntima comunión con sus padres. Las fiestas mundanas, los teatros, las reuniones, los bailes, le robaban el cariño tierno y dulce que los pequeños capullos en flor, que son los niños, necesitan para vivir. Pero Gerardo era aún demasiado pequeño para comprenderlo y como, por otra parte, tenía todos los juguetes que quería y le colmaban todos sus caprichos, era feliz en medio de aquel abandono espiritual cuya intensidad el niño no podía medir.

Regina tenía una amiga de la infancia, una amiga íntima que también se había casado, pero con un modesto viajante de comercio y que vivía alejada de todo placer mundanal, retirada en su hogar y consagrada por entero al amor de su marido y al cuidado de su hijita Bernadette, que era un poquito mayor que Gerardo y su gran amiga y compañera de juegos. Porque Cecilia no había dejado la sociedad de Regina a la que iba a visitar con frecuencia, llevando siempre a la niña para que jugara con Gerar-

do y charlando ella con la que en otros tiempos fué también su compañera de juegos infantiles y su confidente de jovencita soñadora. Ahora la vida las había separado un poco moralmente. Regina seguía caminos bien distintos a los que Cecilia había emprendido, y la diferencia del matrimonio contraído, que en ambas se reflejaba de manera notoria, las hubiera acaso alejado totalmente sin el gran tacto de Cecilia y su bondad innata, que la había acostumbrado a no ver en los demás más que el lado bueno y a no tomar de las palabras más que las flores que ellas encerraban, aunque éstas fueran escasas y rodeadas de espinas.

Cecilia era una mujer sencilla, honesta, buena, con esa bondad firme y consciente que sólo puede dar una religión sólida y acendrada. Regina no era mala, pero unida a un hombre sin fe, ansiosa de diversiones y con un afán desmedido de lujo y de gloria, se había ido alejando insensiblemente de la religión aprendida en la infancia, de la que ahora se burlaba un poco, con tono despectivo.

Los niños estaban aquella noche muy entretenidos en el cuarto de juguetes. Gerardo había montado

su ferrocarril, el último regalo hecho por sus padres, y los dos niños, sentados en el suelo sobre la alfombra, veían cómo el pequeño convoy daba vueltas y vueltas atravesando túneles, cruzando puentes, trepando montañas y lanzándose en loca carrera por los declives. ¡Era una maravilla de juguete! Bernadette lo miraba extasiada y Gerardo iba dando las señales que a él se le antojaban:

—Señores viajeros... vamos a llegar a Austerlitz... ¡Mira, Bernadette, mira cómo corre!

—Es muy bonito tu ferrocarril —exclamó la niña entusiasmada... —Parece de veras...

—Sí, ¿verdad? Pero me gustaría poderme meter yo dentro...

—¡Anda, qué miedo!... ¿Y si había un accidente?

—En este ferrocarril no hay nunca accidentes, como en los grandes...

—¿No?

—No.

—¡Pues a mí también me gustaría poder ir dentro para correr... correr!

Una falsa maniobra del pequeño juguete hizo salir a los vagones de los rieles y el convoy cayó sobre la alfombra.

—¡Oh!... ¡Ha volcado!... ¡Y tú decías que no había accidentes en este tren! Si llegamos a ir en él nos hubiéramos hecho daño...

—Afortunadamente no van pasajeros —contestó Gerardo muy serio, cogiendo los vagones y volviéndolos a poner en su sitio uno tras otro—. Ahora verás cómo no descarrila más... Yo le seguiré todo el rato, a ver quién corre más, si él o yo...

—Tonto... No ves que el tren es pequeño y tú tienes las piernas muy largas... Tú le ganarás...

—¡Mejor... así verás que yo soy más que el tren!

Los dos niños se reían con sus risitas infantiles, ingenuas, sin malicia. Gerardo había puesto en marcha su tren y él iba siguiéndole fingiendo el ruido del motor y los silbidos de la locomotora, y Bernadette les miraba a los dos, al tren y al niño, y aplaudía contenta, entusiasmada, feliz.

En el salón, las dos amigas, después de haber charlado largamente de todo lo que a las mujeres se les ocurre, habíanse callado. Cecilia se había acercado al piano y, después de preludiar una melodía suave y dulce, comenzó a cantar la serenata. Su voz no era potente, pero

tenía un timbre bello; emitía las notas con claridad y sin esfuerzo y decía con exquisito gusto las frases de la canción, dándole una sentimentalidad que acaso en otros labios no hubiera conseguido. Cantaba como olvidada de todo, hasta de sí misma, cantaba con aquella vozcita tenue, dulce, que en el colegio la había hecho sobresalir entre las estudiantes de música y la había hecho ganar los primeros premios de canto. Cecilia era una apasionada de la música y gustaba de aquellos momentos en que podía dar expansión a su ánimo sin temor a que la escucharan otros oídos más que los ya conocidos de su amiga Regina, que tenía siempre un gesto de simpatía para aquellos romanticismos de su antigua compañera.

Cecilia cantaba y Regina la escuchaba puesta en pie, apoyada en una de las soberbias columnas de mármol que adornaban el salón, destacando su silueta esbelta y señorial sobre el fondo oscuro del cielo, que se veía a través del gran ventanal abierto... Escuchaba mientras iba ella saboreando el humo perfumado y delicioso de un egipcio que acababa de encender. Escuchaba la canción y pensaba en sí misma, pues mientras escuchaba iba

componiendo las ondas de su pelo dorado, los pliegues de su gracioso deshállé blanco que cubría su cuerpo y lo moldeaba bajo la seda flexible que se pegaba a él como en una caricia turbadora.

Cecilia acabó su canto y se puso en pie.

—Siempre seré la misma, ¿verdad?—preguntó a su amiga que la miraba sonriendo—. ¿Te acuerdas en el colegio? Me pasaba la vida cantando... Debí haber nacido ruiñón.

—Lástima que no tengas más voz... Hubieras podido dedicarte a la ópera. Con el arte que tienes para cantar hubieras sido una eminencia.

—Prefiero no haber llegado a ello... Prefiero ser la reina del hogar que, desconocida por todos, puede gozar delicias que me serían desconocidas si hubiera llegado a ser el ídolo del público.

—¡Siempre serás la misma... es verdad!—exclamó Regina con un tono de leve mofa—. Y tu señor marido, ¿a qué hora llega?

—A las ocho. Me inquieta esa vida que hace mi marido... ¡Siempre viajando!... Cuando lees las continuas catástrofes que ocurren en los ferrocarriles y te pones a pensar...

Me entristece y me hace vivir con angustia... Pero es su profesión... ¡He de resignarme! Si llegaba a ocurrir una desgracia sabría resignarme como han tenido que resignarse tantas y tantas esposas y madres y hermanas que se han encontrado en lo mismo... ¡Dios me daría fuerza para ello!

Cecilia se había puesto triste y Regina se reía de su amiga.

—Eres encantadora de ingenuidad, Cecilia mía...

—¡Tú sí que eres feliz!—exclamó Cecilia como hablando consigo misma—. No tienes preocupaciones de dinero; tienes todo lo que anhelas; nada te falta... Tienes a tu marido siempre a tu lado... ¡Puedes vivir según tus deseos!

—El dinero no hace la felicidad—dijo Regina riéndose y remedando el tono humilde y resignado de su amiga.

—¡Ríete todo lo que quieras de mí... pero es la verdad! El dinero no hace la felicidad... Yo no me quejo de mi suerte; me duele sólo tener que estar siempre separada de mi marido y con la constante zozobra de que pueda ocurrirle algo; pero, por lo demás, no cambiaría mi vida con la de nadie... ¡ni con la tuya! Yo he sabido hallar la fe-

licidad en el amor de mi marido y de mi hija... ¡Esos dos amores llenan toda mi vida! Y una vida llena de amor no puede ser una vida desgraciada ni mediocre...

—Estás muy elocuente, Cecilia... Sin embargo, no me convences. Yo no podría ser feliz con una vida mediocre como la tuya, dedicada toda al amor. El amor tendrá sus momentos encantadores, pero para todas las horas del día empalaga... No es que no ame a mi marido y a mi hijo... Pero mi marido tiene sus ocupaciones y Gerardo es un niño... Un niño no puede llenar toda una vida. Yo necesito algo más; necesito este lujo que me rodea; necesito las fiestas en las que luzco y en las que me gusta ser admirada y cortejada, incluso, porque así mi marido sabe apreciar mejor el tesoro que tiene a su lado, tesoro codiciado por los demás...

—¡Oh, Regina!... ¡Cuánto has cambiado desde que éramos niñas!

—¿Te parece todo esto que yo digo una cosa mala, mi querida santita?—preguntó Regina con ironía.

—No te burles... No aspiro a ser santa ni soy de la madera de los santos... Aspiro sólo a ser una mujer feliz dentro de mi sencillez; aspiro a que nadie me envidie y a no

envidiar a nadie; aspiro a hallar la felicidad entre los míos, como la he hallado ya, y hacerles a ellos felices con mi cuidado constante y mi amor sin límites.

—Admirable, amiga mía... Pero, oye, para celebrar la llegada de tu marido te invito para esta noche. Vamos a cenar con unos amigos a un restaurante de moda... Si venís vosotros seremos tres matrimonios jóvenes. Verás cuánto nos divertimos.

—¡Oh, no, gracias! Mi marido llegará cansado del viaje y anhelará estar en casa... Además, no dejamos nunca sola a Bernadette.

—Puedes dejarla con una de las criadas.

—No, de noche no me gusta dejar a la niña... Bernadette está acostumbrada a que yo me esté con ella. No podría dormirse sabiendo que yo no estaba en casa.

—Tienes muy mal acostumbrada a esa niña.

—No importa. La quiero así... Prefiero que esté acostumbrada a su madre. Así no me olvidará nunca aunque yo muera joven.

—¡Qué ideas tienes, criatura!... ¿Por qué no quieres aceptar mi invitación?

—Te lo acabo de decir... Ade-

más, Regina, aunque te burles... hoy es el primer día de cuaresma y tú sabes que yo no voy a ninguna parte en esta época.

—¡Ah... mi viejita beata!... Lo había olvidado totalmente... ¡Perdóname! Veo que no has olvidado las prácticas del colegio.. Ya allí eras una beatita.

—No, beata, no—replicó Cecilia con dignidad, pero sin abandonar su natural dulzura—. No soy beata; soy creyente; creyente con toda la sinceridad de mi alma, con todo el convencimiento de mi corazón... Y créeme, Regina, lamento mucho que tú no seas como yo... Sólo en la verdadera fe se encuentra consuelo y fortaleza para soportar los dolores de la vida. Sólo la fe nos hace fuertes, inquebrantables. Sólo la fe nos puede llevar de la mano por el áspero camino de nuestra existencia. Bendigo a Dios que me conserva en esta fe y a mi madre que supo inculcarla tan hondo en mí, tan hondo, que nunca, nunca, me abandonará...

Regina no quiso insistir. Cecilia le hablaba con seriedad, con convicción... ¿Para qué sacarla de aquel sueño bello, pero tan pueril que a ella, toda una mujer, le daba risa? Que se quedara la mujercita modo-

sa y buena con sus creencias religiosas, llenas de infantilismo... Ella se prepararía para la fiesta y estaba segura de que se divertiría mucho más en aquella cena que Cecilia en su hogar, al lado de su marido, fatigado por el viaje, junto a su hijita profundamente dormida y contando las cuentas del Rosario, mientras sus labios desgranaban la monotonía del Ave María repetida indefinidamente, como una cantinella...

UN CUENTO DE HADAS...

Los niños seguían jugando en el cuarto de juguetes. El tren ya les había fatigado y Gerardo sacaba todo lo que tenía: un osazo enorme; un castillo feudal; varias compañías de soldados con sus piezas de artillería; rifles y cañones; cascos guerreros; polichinelas y bolos...

—¡Cuántos juguetes tienes! — exclamó la niña, que se había sentado en un pequeño sillón y estaba vistiendo muy seriecita y convencida a su muñeca.

—Te gustan, ¿verdad?

—Sí... pero yo prefiero mi muñeca... Me gustan más las muñecas que los soldados...

—¿Cómo se llama tu muñeca?

—Como su mamá...

—¿Y quién es su mamá?

—¡Tonto!... ¡Soy yo! Se llama Bernadette, como yo.

—¡Bernadette! — Gerardo se queda un rato en suspenso, como si meditara algo para él muy interesante y luego pregunta a su amiguita extrañado—: ¿Y por qué te pusieron ese nombre tan raro, Bernadette?

—Pues por la Bernadette, de Lourdes. Ahora está en el cielo y es una gran santa.

—¿Y tú cómo lo sabes? — preguntó Gerardo, que era un incansable en cuestión de preguntas.

—¿Pero tú no sabes la historia de Bernadette? ¿No te la ha contado nunca tu mamá?

—No; mamá no me cuenta cuentos; alguna vez Ana, la doncella, me cuenta alguno para que me duerma, pero no sé el de la Bernadette.

—Pues a mí, mamá me ha contado la historia muchas veces... No es un cuento; es una historia.

—Cuéntamela, si la sabes.

—Sí. Siéntate a mi lado. Verás... Una vez era una pequeña pastorcita que se llamaba Bernadette. Vivía en lo alto de las montañas, en

una pequeña aldea escondida en el bosque.

Gerardo escuchaba a su amiguita con los ojos grandes e ingenuos, abiertos de par en par, ansiosos de saber, gozosos de escuchar.

—Bernadette — siguió diciendo la niña — salía por la mañana, muy temprano, antes de amanecer, abría el aprisco y dejaba que todo el rebaño saliera y la siguiera a ella a través de aquellas enormes montañas, en busca de los pastos que allí tanto abundan. ¿Sabes dónde está el Pirineo?

—No... yo no sé nada—replicó con amargura el niño.

—¿Tu mamá no te enseña geografía?

—No... Dice que ya aprenderé cuando sea mayor y vaya al colegio.

—Pues mamá no espera a que yo vaya al colegio; ella siempre me habla de muchas cosas y, aunque no he ido nunca a los Pirineos sé que son unos montes muy altos y muy bonitos que están al sur de Francia y que nos separan de España...

—¡Cuántas cosas sabes!...

—Todo me lo ha enseñado mamá.

—Bueno, dime, ¿y qué pasó con Bernadette?

—¿Te gusta la historia?

—Sigue, sigue... Si no me has contado nada aun...

—Pues verás... A Bernadette le gustaba mucho pasear con sus corderitos. Todos tan blancos, tan fieles, tan temerosos... Se agrupaban en torno a ella y la seguían por los prados triscando felices. Bernadette acariciaba a sus corderillos y saltaba con ellos.

—A mí también me gustaría guardar corderos... No muerden, ¿verdad?

—¡No... no muerden! Son muy mansos... Bernadette se pasaba todo el día por las praderas con sus corderillos. Sus padres eran muy pobres, muy pobres y Bernadette comía frutas del bosque y un pedazo de pan y bebía en el agua de los regatos... Cuando caía la tarde recogía a todo su rebaño, que se había esparcido por la montaña y se disponía a regresar a la aldea. Antes de que el sol se ocultara detrás del pico de la montaña más alta, Bernadette oía el toque lejano de las campanas de su parroquia; llegaba a ella el sonido a través de la atmósfera diáfana de las nubes y entonces ella se arrodillaba, hacía

la señal de la Cruz, y rezaba la oración de la tarde.

—Era muy buena Bernadette, ¿verdad?

—¡Muy buena!...

—¿Cómo tú?

—¡Anda, tonto!... ¡Yo no soy santa y ella sí!

—¿Y qué pasó?

—La pastorcita regresaba tarde a su casa, a veces era ya noche cerrada cuando llegaba.

—¿Y no tenía miedo?

—No, porque el Señor de los Cielos estaba con ella y Bernadette no temía nada... Un día salió a buscar leña por el bosque con su hermanita y otra amiga suya. Necesitaban leña para calentarse, porque hacía frío, y para hacer la comida, porque ellos eran pobres y no podían comprar carbón. Bernadette, sin fijarse, se fué alejando de sus compañeras. Por aquella parte del bosque corre un río hermosísimo que va haciendo piruetas y se retuerce por entre los matorrales y pasa junto a unas rocas grandes, muy grandes, que se elevan al cielo y forman como unas grutas.

—¡Uy, qué miedo! Yo no me hubiera quedado allí solo... ¿Y por qué se alejó de sus amiguitas?

—Porque buscando leña, buscan-

do leña... no se había dado cuenta de que estaba sola. De pronto Bernadette oyó un ruido, un gran ruido, un estruendo como de viento y truenos...

—¡Qué susto! ¡A mí me dan mucho miedo los truenos! ¿Y qué hizo Bernadette? ¿Se puso a llorar y llamó a su mamá?

—No, hombre, no, Bernadette no tuvo miedo... Sólo se quedó asombrada, porque el cielo estaba sin una nube y las ramas de los árboles permanecían quietecitas, quietecitas...

—¿Y qué era entonces el ruido?

—Eso se preguntaba Bernadette mirando a todas partes, como iluminada por una feliz inspiración... Y de pronto, allí, entre las rocas, en la boca de una de las cuevas, apareció una señora bellísima, blanca, inmaculada, alba como la nieve de las cumbres...

—¿Era un hada?

—No... era la Virgen Santísima, que se aparecía a Bernadette porque ella era buena y porque se quería servir de aquella humilde pastora para sus fines...

—¡La Virgen!... ¡Qué guapa debía ser!

—¡Más guapa que todas las hadas de la tierra!... Era de una her-

mosura tan grande que Bernadette se sintió arrebatada por aquella belleza divina, cayó de rodillas y comenzó a rezar, a rezar... y fué cerrando la noche y Bernadette no se daba cuenta de que aquella dulcísima aparición se había desvanecido...

—¡Ah!... Qué bonita es tu historia... ¿Y qué hizo entonces Bernadette?

—Se fué a la casa del cura de su pueblo y le contó lo que había visto.

—El cura se debió quedar maravillado...

—No, señor; el cura dijo... dijo que aquello había sido una ilusión.

—¿Y qué quiere decir una ilusión?

—Pues una ilusión... una ilusión es... eso, un sueño, que había soñado sin estar dormida, y que no había visto nada más que en su imaginación exaltada de pastorcilla.

—¡Oh!, pobre Bernadette, se debía disgustar de que el padre cura le dijera esas cosas.

—Bernadette aseguró una y otra vez que había visto realmente a la Virgen y, después de aquel día, la volvió a ver muchas veces, muchas veces más, y la Virgen, para que

creyeran a aquella niña, comenzó a hacer milagros...

—¿Milagros?... ¿Y qué es hacer milagros?

—Milagros son cosas que sólo Dios o la Virgen pueden hacer, cosas que no les es dado hacer a los hombres... Por ejemplo, curar a enfermos a los que los médicos no pueden curar... Son cosas que yo no comprendo, ni tú, ni nadie, porque son cosas sobrenaturales, como dice mi mamá; pero es preciso creerlo, porque es verdad...

Gerardo ya no hizo ninguna otra pregunta. Se había quedado serio, pensativo, como reflexionando en todas aquellas cosas que le acababa de contar su dulce amiguita y que sonaban en sus oídos como una música nueva de maravillosa belleza...

Bernadette siguió jugando con su muñequita, vistiéndola y desvistiéndola y sermoneándola como si fuera en realidad una chiquillita de verdad. Bernadette era una madre-cita dulce y tierna, con todas las ternuras de su corazoncito de mujer que había bebido en las fuentes de intensa ternura prodigadas por su madre, por aquella mujercita también dulce y buena que había cifrado la felicidad de su vida en la calma de su hogar apacible,

el amor de su marido y los cuidados de su hijita muy amada.

Cecilia, que seguía en el salón con su amiga Regina, se puso de pronto en pie y le dijo, sobresaltada:

—Me voy, querida, es tardísimo y mi marido debe estar ya a punto de llegar. No quisiera que me encontrara fuera de casa...

—¿Por qué le mimas tanto? A los hombres no les conviene que se les trate con tanta deferencia... Luego se cansan.

—Si se cansa de mi cariño será señal de que él no me quiere... Y si él no me quisiera igual se cansaría de mí, aunque le tratase mal. En cambio yo, aunque él me abandonara, seguiría queriéndole como le quiero ahora y tendría el consuelo de pensar que, mientras estuvo conmigo, no le faltaron nunca mis cuidados...

—Anda, pues, vete, no quiero detenerte...

En aquel momento un griterío enorme se escuchó en la calle. Eran los vendedores de los diarios de la noche que vociferaban su mercancía:

—“París Soir”... “París Soir”... Con la gran catástrofe ferroviaria ocurrida hoy...

Cecilia se puso intensamente pálida. Le pareció que el mundo se hundía a sus pies... Una catástrofe ferroviaria precisamente hoy... hoy que su marido iba a llegar... Escuchó mejor las voces de los pregoneros.

—La gran catástrofe ferroviaria ocurrida en la línea París-Orleans —gritaba otro de los vendedores.

Cecilia se dejó caer sin alientos en una silla.

—¡París-Orleans!...—dijo como en un gemido—. Es la línea por la que llegaba mi marido... ¡Regina! ¡Regina! —gritó rompiendo a llorar—. ¡Mi marido, mi marido! Algo terrible le habrá pasado... Regina, es espantoso...

—Pero, querida, recóbrate... Espera a saber alguna noticia concreta.

—¡Esperar... esperar... cuando la inquietud me consume! Manda a comprar el diario, por favor... veremos lo que dice.

—Sí; siéntate y tranquilízate; ya sabes que los vendedores de periódicos exageran siempre mucho sus noticias; ellos necesitan hacer su negocio —dijo Regina, mientras apretaba el botón del timbre y esperaba a que compareciese el criado.

No llegó el criado, sino que entró la cocinera, una mujer entrada en años, voluminosa, que apenas podía mover su gran humanidad por entre las puertas de la casa.

—¡Ah, Claudina!, ¿es usted? ¿Dónde está Fermín? A él le llamaba...

—Sí, señora... Fermín... fué a ayudar al chofer a arreglar el radiador — dijo la cocinera mintiendo piadosamente para favorecer a su compañero de trabajo.

—¿Y Sofía? ¿No está Sofía?

—No, señora... ha tenido que ir a un recado urgente—volvió a mentir la voluminosa cocinera, siempre con piedad, siempre con la intención de quitar responsabilidad a los que con ella servían en aquella casa lujosa.

—¿Y Ana?

—¿Ana?... — la cocinera ya no supo qué mentira inventar y titubeó—. Ana... no sé, no sé dónde ha ido... ¡Ah, sí!, ahora recuerdo... ha tenido que ir al peluquero... Como mañana es su día de fiesta...

—¡Vaya por Dios!... Cuando más se necesita al servicio es cuando a todos se les ha ocurrido salir. Menos mal que está usted en casa,

Claudina... y que no se le ocurriese también a ondular...

—¡Oh, no señora! — contestó Claudina riendo y mostrando sus escasos y lacios pelos—. Yo no tengo necesidad... porque tengo ondulación natural.

—Bueno, vaya usted a buscar el diario de la noche; pero de prisa, si es que puede.

—Sí señora, voy corriendo — contestó Claudina moviéndose con dificultad y queriendo apresurarse pero sin lograrlo.

—¡Ah... este servicio!... No puedes nunca confiar en él.

Cecilia estaba llena de impaciencia. Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Cuando llegó la cocinera con el periódico lo tomó febrilmente y buscó la noticia del descarrilamiento del tren.

“CATASTROFE FERROVIARIA”, decía el periódico en gruesos caracteres y sobre una fotografía del montón informe de vagones destrozados junto a la vía. “Un descarrilamiento debido a un cambio de aguja mal dado, se ha producido en el tren expreso de la línea París-Orleans, que debía llegar a París a las ocho de esta noche. El número de víctimas no se puede calcular; pero se teme que sean muchos los

damnificados por la catástrofe, que ha tenido caracteres verdaderamente espantosos dada la velocidad que en aquel lugar llevaba el convoy.”

Y nada más. La noticia venía escueta. Los diarios no habían tenido tiempo material de darla más extensa ni se conocía todavía la verdad de lo ocurrido. ¡No podían decir más y aquello era tan poco para la inquietud de Cecilia!...

Regina miraba compasiva a su amiga. Comprendía que aquel dolor era un dolor intenso y ante él nada podía hacer... ¿Habría pasado algo malo al marido de Cecilia? ¿Se habría librado de la catástrofe? ¿Sería una de las víctimas?...

Cecilia se paseaba ansiosa, llena de zozobras... Regina le prometió salir con ella y marchar a investigar lo ocurrido en las mismas oficinas de los ferrocarriles.

—Me visto en seguida... Iré contigo—le dijo Regina conmovida por el amargo llanto de la pobre muchacha.

—Pero no tardes... Corre... corre... por favor. Y sobre todo no le digas nada a Bernadette. Es una niña muy sensible y sufriría demasiado. Siempre es demasiado pronto para conocer el dolor...

Regina salió. Los niños seguían

muy entretenidos jugando en el cuarto. Bernadette estaba con su muñequita en brazos y el pequeño Gerardo había puesto en marcha de nuevo a su tren.

—¡Señores viajeros para... para... para Lourdes!... ¡Al tren!—gritaba alborozado.

Y el tren seguía su marcha rítmica, dando siempre vueltas y vueltas por los rieles tendidos en la habitación.

Cecilia esperaba a su amiga cuando sonó el timbre del teléfono. El criado contestó:

—¿La señora Luxeuil? Sí, señor, aquí está, en seguida hablará con ella...

Cecilia arrebató el aparato de las manos del criado.

—Es para mí... ¡Aló, aló!... Por favor, no corten la comunicación... ¡Aló! ¿Quién llama?... ¡Por favor... la comunicación!

—¿Qué pasa, querida?—preguntó Regina entrando ya a punto de marchar.

—Me llamaban al teléfono... ¡Pero han cortado!... Debe ser una mala noticia... ¿Qué es de mi esposo?... ¡Corramos, Regina, corramos!

—Pero, ten calma... Tú misma dices que siempre es demasiado pronto para conocer el dolor...

—¡Oh!, pero todo es preferible a esta angustia que me consume... ¡Vamos!

Salieron las dos amigas, cruzaron el hall, bajaron al jardín. Cecilia iba hecha un mar de lágrimas. En su interior pensaba que no daba en aquellos momentos ejemplo de resignación cristiana a su amiga, pero el dolor, la angustia eran demasiado intensos para poderlos dominar... Su alma era como un río de dolor desbordado... ¿Puede un río volver a su cauce con sólo un esfuerzo de la voluntad? No, necesita que llegue el decrecimiento de las aguas y que, poco a poco, todo recupere su marcha natural y lenta... Los sentimientos son igual, no puede mandarse sobre ellos... Hay que esperar a que decrezca la ofuscación de los primeros instantes... a que todo vuelva a su calma habitual... y la calma vuelve siempre, aun después de un gran dolor...

Cuando Regina y Cecilia embocaban la avenida central del jardín para salir a la calle, se abrió la verja y apareció él, su marido... que venía corriendo a tranquilizar a su Cecilia.

Dió ésta un grito de júbilo y se

arrojó a los brazos que le tendía el esposo.

—¡Qué angustia tan terrible he pasado!—le decía risueña y llorosa a un mismo tiempo—. Creí...

—¿Que te quedabas viuda? Vamos, no seas chiquilla... no me has pasado nada. El susto fué regular, pero en cuanto vi que yo estaba ileso y que los heridos recibían asistencia, tomé un automóvil para llegar a París antes de que llegara a ti la mala noticia. He ido a casa. He llamado aquí por teléfono para hablarte, pero han cortado la comunicación y entonces no he podido resistir el deseo de correr a abrazarte y a tranquilizarte.

—Cecilia ha pasado un mal rato... Pero, por fortuna, todo terminó aquí. Yo quería que esta noche nos acompañaran ustedes a un festín a la que voy con mi marido. Cecilia dice que no...

—Si Cecilia lo dice... No nos acompañamos salir de noche... No nos gusta dejar a la niña en manos de los criados... Se lo agradecemos con toda el alma.

Bernadette, que había visto a su papá desde la ventana del cuarto de juguetes, había bajado locamente, feliz a abrazarle. Los tres se despidieron de sus amigos y mar-

charon, cogidos del brazo como dos novios, al hogar tranquilo que les esperaba sonriendo ante su felicidad, turbada por un momento por el pánico a verla perdida para siempre.

EN MANOS DE LOS CRIADOS

Regina se había vestido elegantísima. Llevaba un traje blanco que sentaba divinamente a su belleza rubia y nacarada. Parecía una niña, un hada, una visión celestial. Se contempló satisfecha al espejo una y otra vez y otra más hasta quedar saciada de su imagen vista de todos lados, de frente, de espalda, de costado, de perfil, reproducida hasta lo infinito en las tres lunas combinadas de su tocador.

Luego, antes de ponerse la capa, entró a dar las buenas noches al niño, que se había ido a acostar acompañado de Ana, la doncella.

Gerardo estaba aquella noche exaltado, nervioso. La historia que le había contado Bernadette le había sonado absurdo y extraño, de que a él le ocurriera lo que le había pasado a esa pequeña pastora de los Pirineos.

—No me quiero acostar—decía

medio lloroso mientras la doncella le iba desvestiendo.

—Los niños no dicen nunca quiero o no quiero; los niños hacen lo que manda su mamá y su mamá ha mandado que te acuestes... Si no te portas bien se lo diré...

—No tengo sueño...

—Ya te vendrá... Verás, cuando estarás acostadito entre las sábanas tibias y cierras los ojos, el sueño vendrá en seguida... Ea, los niños no son malos, porque sino viene el coco y se los lleva...

—Tengo miedo al coco...—lloró el niño.

—Vamos, no seas tonto... Si viene yo le diré que se marche.

—¿Qué te pasa, mi vida? —le preguntó Regina, entrando en la habitación del niño. Venía resplandeciente de belleza y se arrodilló junto a la camita de su hijo para darle las buenas noches.

—Mamá... tengo miedo —dijo Gerardo con mimo.

—¿Miedo?... ¿De qué?

—De los truenos... ¿Oyes cómo está tronando?

—Sí, es una ligera tormenta que pronto pasará... Anda, mi encanto, duerme tranquilo...

—No quiero dormir... Tengo

miedo... Mamá, no te vayas esta noche...

—¿Qué es eso, Gerardo? — preguntó el padre, que también había entrado y que reprochaba al niño su tono melindroso, mimado—. Los hombres han de ser valientes.

—No quiero que se vaya mamá — porfiaba el pequeñuelo.

—Vamos, vamos, acuéstate y duerme... Los niños no han de tener nunca miedo... Además no te dejamos solo...

—No, mi vida, Ana se quedará contigo hasta que nosotros volvamos. Ana, no se mueva usted de aquí, estése al lado del niño aunque se duerma, no le deje solo ni un momento.

—Pierda cuidado la señora... — contestó Ana bajando la cabeza contrariada.

—Adiós, hasta luego, que seas bueno... — le dijo Regina besándole con cuidado, con sumo cuidado la frente para no despintarse los labios.

—¡Mamá... mamá... no te vayas! — lloró aún el pequeño. Pero su madre ya no le oía, ya se había alejado en busca del brillo de la fiesta, del esplendor de la gloria, de los halagos de la fortuna y del placer.

Ana tomó al niño, le obligó a acostarse y se sentó a su lado esperando a que se durmiera pronto para poder salir a reírse un rato con sus compañeros. El niño tardaba en dormirse. Estaba sumamente excitado y el sueño no quería venir a aliviarle de las ideas malas que se habían metido en su cerebro infantil y, a lo lejos, seguía retumbando el trueno, el trueno que siempre había asustado a Gerardo y esta noche más que ninguna, porque se acordaba de la pequeña Bernadette, que guardaba corderillos en las altas montañas.

Ana espiaba los movimientos del nene, le vigilaba atentamente, se acercaba a escuchar su respiración. Y el niño abría los ojos y le decía ya entre sueños:

—¡No te vayas, Ana... tengo miedo!

Y la doncellita, rubia, pizpireta coquetuela, se quedaba nerviosa y desasosegada en aquella habitación aburrida, mientras seguramente sus compañeros se estaban ya divirtiendo en el salón.

Por fin el sueño acudió a los ojos fatigados del nene. Con su brío cruzado sobre el pecho dejó que la cabeza se inclinara con total abandono sobre la almohada y

respiración se hizo lenta, acompañada, rítmica, prueba inequívoca de un sueño apacible y duradero.

Ana se levantó de puntillas, se acercó a la camita, estuvo observando un buen espacio de tiempo al niño y, convencida de que ya estaba profundamente dormido, salió sin hacer ruido de la habitación.

En la sala estaban reunidos la cocinera, Fermín y Sofía. Fermín había tomado un grueso habano de la caja de cigarros del señor. Los había tocado todos, uno por uno, los había tentado para no equivocarse y se había quedado por fin con el que le pareció mejor y, sobre todo, el mayor de cuantos en ella habían. Luego se desplomó en un sillón, cruzó las piernas y dijo, dando un suspiro hondo:

—¿No ves, Claudina?... Yo he nacido para tener cien mil francos de renta...

—Y yo también — respondió la gruesa cocinera dando un suspiro mayor que el que había dado Fermín, un suspiro que fué más bien un bufido—. Yo también, y yo podía haberlos tenido... si no hubiera sido por mis principios...

Las dos camareras se echaron a reír.

—¡Ya salió aquello!

—Naturalmente... ¡Y saldrá siempre! Porque la que ha tenido principios no los puede olvidar fácilmente.

—Todos hemos tenido principios... Nadie ha empezado por el final — dijo con desenfado Ana, que era una pícara descaradilla.

—Claro... pero no todos hemos tenido los mismos... No tiene el mismo principio un perro callejero que el que nace entre mullidos almohadones en una casa noble... Los dos son perros, los dos han nacidos perros... pero el de la casa noble tendrá principios que no podrá tener el nacido en mitad de la calle.

—Está bien... Lástima que sus principios no le hayan dado más que para ser cocinera...

—¡Quién habla!... Como tú no sabes lo que es eso... Yo os aseguro — dijo ahuecando la voz y dándose mucho tono — que a no ser por mis principios sería ahora millonaria... — Y bajó los ojos ruborizada.

—A ver, cuenta, cuenta... Eso se pone interesante... ¿Cómo hubiera llegado a ser millonaria nuestra querida Claudina? — dijo Fermín, dándole unas efusivas palmaditas en la espalda.

Claudina sonrió ruborizada.

—Ya sabía yo que tú, Fermín,

eras el único en comprenderme, porque tú...

—También has tenido principios —dijeron a coro las dos doncellitas, riéndose a carcajadas.

—Refos todo cuanto queráis, pero es la verdad. Fermín sabe comprenderme—dijo Claudina poniendo en blanco los ojos—. Y Fermín sabe que si no fuera por mis principios tendría a estas horas un hotelito en el Bosque de Bolonia o en la Avenida de los Campos Elíseos, o en otra parte cualquiera...

—¡Pues casi nada!... Claudina, qué listima que no hayas podido realizar todos tus sueños...

—Vosotros no me creéis... Como que hay muchas que no valen lo que yo...

—Si nos vendiéramos a peso... quizás—replicó Ana con su natural desenfado.

—A tu edad estaba yo mucho mejor que tú, ¿sabes, niña? Tenía talle de avispa, que se me podía rodear con una sola mano, y un busto que... ¡bueno! ¡Aquello era canela fina!... Si no fuera por mis principios yo hubiera entrado en el teatro.

—Ja, ja, ja, ja...—rieron a coro los tres criados, que escuchaban a la cocinera.

—Sí, señores, en el teatro o en el cine... En cualquiera de las dos esferas me hubiera yo distinguido. Era bonita, era esbelta, era flexible y tenía mucha gracia para cantar y para recitar.

—¡Quién lo hubiera creído! —exclamó burlándose sin piedad la doncellita.

—¡Y si hubiera seguido la voz del arte que me llamaba, hoy sería una estrella, una gran estrella, una estrella de las gordas!

—¡En lo de gorda... paso!... Seguramente hubieras sido la sustituta de Fatty.

Esta vez hasta la propia Claudina se rió. No sentía rencor por sus compañeras. Era una vieja simpática, a quien, aunque le gustaba recordar su juventud y sus triunfos, los años no habían amargado y podía alternar con la gente joven sin sentir resquemorillos de envidia ni siquiera los alfilerazos de la ironía con que la trataban las que ahora se creían bellas para siempre, sin ver en el retrato de aquella veterana lo que podrían llegar a ser a través de los años.

—¿Y te parece que sería para mí poco orgullo poder trabajar al lado del gordito? ¡Bueno, pareja hubiéramos hecho! ¡La pareja ideal!

del cinema! ¡Fatty y Claudina!... Ya veo los carteles anunciadores, con nuestras figuras sobresaliendo entre todas.

—¡Y tanto como hubieran sobresalido!... —rió Sofía, que miraba a Ana y comentaba con el mudo lenguaje de los ojos las frases de aquella célebre Claudina a la que no se podía descontentar porque era la que tenía la *sartén por el mango*.

—Y ahora, con el cine sonoro, menudo exitazo hubiera sido el mío; porque habéis de saber que yo... yo misma, tengo una espléndida voz... La tenía muy bella en mi juventud y aun ahora la conservo fresca y me siento capaz de cantar toda una noche sin sentir fatiga... ¡Ah, cómo me han estorbado mis principios para hacer carrera en este mundo!

—¿Pero tú sabes cantar, Claudina? ¡Y no nos lo habías dicho!... —dijo Fermín abrazando a la vieja—. Pues esta noche nos vas a cantar lo más escogido de tu repertorio.

—¡Oh, no, no, no!... ¡Os reiríais de mí!

—¿No nos vas a dar este gusto? ¿No quieres que nos divirtamos un

rato, aunque sea a costa tuya?... Con esta vida de esclavos que llevamos, bien merecemos un poquito de distracción... Anda, Claudina, sé buena una vez en tu vida, cántanos algo...

—¿Y si el niño se despierta?

—Voy a ver si duerme tranquilo —dijo Ana echando a correr para investigar lo que hacía Gerardo.

El niño seguía en la misma postura en que le había dejado. Continuaba dormido tranquilamente en el mejor de los sueños. Ana podía marchar confiada a escuchar las canciones de la cocinera. Y, marchando de puntillas, entornó la puerta y salió.

—Gerardo duerme... Puedes cantar sin miedo.

—Bueno, si tanto insistís, no tendré más remedio—replicó la cocinera, visiblemente halagada de poder lucir sus facultades artísticas. —Pero, ¿quién me acompañará al piano?

—Yo—contestó Ana, aprestándose a ello.

—¿Pero tú sabes tocar el piano?

—Sí, señora, y si no fuera por mis principios...

Claudina le dió un manotazo en

la espalda riéndole la broma y la hizo sentar ante el piano.

—¿Sabes acompañarme la canción de la modistilla?

—¡Pues cómo no!... ¿Y tú la sabes cantar?

—¡Vas a ver con qué gracia!...

Ana se puso a tocar con aires de pianista callejera, y Claudina, con movimientos que querían ser gentiles y que en aquella mujer resultaban una parodia graciosísima, comenzó a cantar aquella canción de "La modistilla", que se había hecho popular en el año 1900.

La canción ensalzaba los encantos de la modistilla, su talle delgado, su piececillo minúsculo, digno del zapato de la Cenicienta, su boquita roja y fresca y su andar desenfadado sobre el asfalto de las calles parisinas, meneando la cadera y taconeando fuerte, como si repicara a gloria, con su taconcillo fanfarrón, que era como el toque de gracia para los hombres que pasaban a su lado y que se sentían enamorados súbitamente de la modistilla que marchaba airosa a su taller.

Claudina, al ver cómo los demás la escuchaban y se reían complacidos por la sal que ponía ella en cada frase, acentuaba los movimien-

tos y el tono de las palabras y se iba ella misma entusiasmando hasta el punto de que tuvo que repetir el número a instancia de sus compañeros.

—¡Bravo, Claudina!... Lástima que ya has hecho tarde... Hubieras sido una cupletista magnífica —le dijo Fermín.

—¿No te lo decía yo?... Si siempre me lo habían propuesto, pero... he tenido que acabar haciendo de cocinera y perdiendo la línea... Creo que el oler todo el día a manteca me ha engordado.

—Bueno, ¿vamos o no vamos al dancing? —preguntó Sofía, impaciente ya.

—Sí, sí, ya es hora, vamos—dijeron a coro Fermín y Claudina, que se avenían muy bien.

—¿Vienes, Ana?—preguntó Sofía a su compañera.

—No puedo dejar solo al niño... Si se despertaba...

—Bueno, pues hasta luego, que te diviertas con el amito...

Se cogieron los tres del brazo y marcharon cantando "La modistilla", y llevando el compás con el paso, más alegre que de ordinario.

Ana les dejó que se alejaran. Entonces fué de nuevo al cuarto de Gerardo, volvió a mirar al niño, que

seguía durmiendo profundamente, apagó la luz, salió de puntillas y dejó la puerta abierta para oírle si acaso llamaba...

Entonces se acercó a una de las ventanas del salón, hizo determinada seña, bajó al jardín y abrió la puerta a un hombre, que penetró en la casa como un ladrón... o como algo peor todavía.

LAS DOS NOCHES

Cecilia había llegado a su casa llena de felicidad. Habían comido los tres juntos, charlando de todo lo ocurrido mientras el esposo había estado de viaje y luego, cuando ya levantaron los manteles y en los ojitos de Bernadette se comenzaba a instalar el sueño, cogió a la niña y la llevó a su pequeño dormitorio, contiguo al suyo. La niña desvistióse mientras su mamá iba recogiendo la ropita y ordenando la habitación. Luego se acostó, después de haber orado de rodillas sobre la cama. Y Cecilia, sentada junto al lecho de la pequeña, se puso a leerle una de aquellas maravillosas historias que eran el encanto de Bernadette y que la mecían luego en dulces sueños de infinita ternura.

Bernadette sintió cómo el cerebro

se le iba adormeciendo, cómo la voz de su madre le parecía lejana, venida de regiones desconocidas para ella, cómo las figuras de la historia se iban desvaneciendo en las nebulosidades del sueño y desaparecían totalmente en la obscuridad tranquila y sosegada de un sueño de niña feliz, ajena a todo dolor, sin preocupaciones ni angustias ni miedos, apartados a un lado por la mano buena y cariñosa y cordial de la madrecita única que sabía evitar a la niña todo dolor inútil.

Cuando la pequeña se hubo dormido, todavía Cecilia se quedó un rato a su lado, en espera de que su marido llegara a dar las buenas noches a la pequeña y retirarse con él, ahora que le tenía junto a sí, en la dulce intimidad de la alcoba que les esperaba con el halago de un nido hecho exclusivamente para el amor.

Regina, entretanto, después de haber dejado a su hijo en manos de los criados, que tan poco se preocupaban de él, había marchado en su espléndido automóvil al restaurante donde se daba la fiesta esplendorosa a la que había invitado a aquella tonta de Cecilia que vivía como una monja en medio del mundo.

El restaurante estaba lleno de público, de un público abigarrado y un tanto sospechoso. Se veían mujeres, muchas mujeres descotadas, exageradamente descotadas, con los ojos muy brillantes y las mejillas arreboladas por el carmín artificial, que se hacía en los labios una herida viva, incitadora, voluptuosa...

Era una cena a beneficio de cualquier entidad benéfica, para el caso no importaba, porque los que allí se habían reunido se preocupaban mucho menos de las necesidades que pudieran tener los pobres que de sus ansias de lujo y de placer. Regina había ido con su marido y otro matrimonio amigo. Ir a una fiesta así sola con su marido le resultaba siempre aburrido. Ella necesitaba tener más admiradores y le gustaba tener en la mesa a alguien con el que poder flirtear.

Las mesas se habían colocado de modo que todos pudieran ver el escenario sobre el que las bailarinas ejecutaban diversos cuadros y fantasías de conjunto, que excitaban más las pasiones y enervaban los ánimos... Bailes criollos, bailes tropicales, bailes hawaianos en los que la voluptuosidad está viva y palpitante, en los que el clima cálido de los países de que han sido impor-

tados, pone su nota sensual en la cadencia del ritmo que se va poco a poco precipitando y haciéndose desenfundada...

Las bailarinas, vestidas con la suscita falda de rafia, atado al busto un pañuelito de seda sumamente flexible, se movían al compás de la música retorciendo sus cuerpos con gracia de sirenas.

Los aplausos del público las incitaban más y el baile tomaba a ratos caracteres de verdadera bacanal. Los hombres sentían encenderse su sangre en aquel ambiente caldeado; las mujeres tenían un nuevo brillo en las pupilas a causa del calor sofocante, del champaña y de la alegría que reinaba por todas las mesas.

Regina estaba resplandeciente de hermosura y de felicidad. Las miradas de los hombres la perseguían toda la noche produciéndole el dulce cosquilleo de la vanidad satisfecha. Se divertía luciendo su hermosura escultural, su desnudez provocativa que producía el efecto esperado y apetecido. Bebía mucho, mucho champaña, porque sabía que el vino daba nueva vida a su rostro y un brillo más intenso a sus pupilas azules, a aquellas sus pupilas que despedían destellos de diamantes

tes haciendo opaca la luz de las joyas que pendían de su cuerpo y de sus orejas.

Ni un solo momento tuvo presente el recuerdo de su hijito, que se había quedado en casa solo y melancólico. Ni un instante se acordó de que era madre y de que su obligación era estar al lado del hijo de su vida, junto a aquel ser indefenso, tierno, al que una emoción, un sobresalto, un temor, podía poner en peligro.

Estaba absorta en el baile, en el brillo de la fiesta, en la alegría de los comensales. Era la que con mayor afán tiraba serpentinas de un lado a otro y la que salía a bailar al centro del comedor, donde las parejas danzaban al compás de las mismas bailarinas que estaban en la escena.

Sólo un instante, cuando en el escenario apareció una nenita de seis o siete años, vestida con la amplia falda de tul de las bailarinas clásicas, y comenzó a danzar sobre la punta de sus piecitos diminutos, dando vueltas aladas, casi irreales, arrancando una ovación estruendosa por parte del público, se acordó del niño.

—¡Qué linda es esa chiquilla!...

Debe tener la edad de nuestro Gerardo...

—Sí—replicó su marido un poco pensativo—, pero él no haría eso... No me gusta que exploten a los niños.

Luego se habían olvidado uno y otro de Gerardo, al que sólo habían recordado casualmente. Necesitaban todo su tiempo para divertirse... y el hijo era en sus vidas frías y vacías de todo sentido, una cosa tan banal, tan indiferente...

La tormenta que se había comenzado a sentir rugir a lo lejos cuando ellos habían salido de casa, iba acercándose cada vez más. En el interior del salón con el ruido del jazz-band, las risas de los comensales, el repiqueteo de las bailarinas en el tablado, el ruido de las parejas que bailaban en el centro de la sala, no se oían apenas los truenos que retumbaban en el horizonte cargado y amenazador.

Fuera la noche estaba sombría, amedrentadora. El huracán se había desencadenado, un fuerte aguacero caía sin compasión sobre la ciudad y los relámpagos se sucedían unos a otros con una rapidez escalofriante, sin dar tiempo a que acabara de resonar un trueno para que ya otro más fuerte, más furio-

so, más profundo, diera su rugido colosal de fiera mal herida.

Regina reía, reía, reía a grandes carcajadas inconscientes, en brazos del que ahora la llevaba a compás de un vals romántico y sentimental que no estaba de acuerdo en aquel ambiente en el que la música de jazz era la única que se podía admitir.

Bailaba, abandonada a los brazos masculinos, sintiéndose completamente feliz con aquella muda admiración de su pareja y viendo el deseo brotar de los ojos que la miraban tan de cerca... ¡Aquello era vivir!... Aquello era gozar de la vida...

No podía comprender cómo su amiga había renunciado a aquella fiesta espléndida y deliciosa. ¿Qué haría a aquellas horas Cecilia? Seguramente estaría leyendo al lado del esposo fatigado por el viaje, o vigilando a la nena a la que estaba criando como si no fuera capaz de defenderse en la vida ella solita... A los hijos había que educarles sin ese mimo tan exagerado y había que acostumbrarles a prescindir de sus padres... El padre no ha de ser el esclavo del hijo... los mismos animales nos dan de ello una sabia lección.

Era preciso prescindir un poco de aquel amor maternal que Cecilia predicaba con tanto entusiasmo. Pero, ¿qué sabía la probecilla de toda aquella vida espléndida y feliz de la alta sociedad a la que Regina estaba entregada en cuerpo y alma? Esas beatuchas que salen del colegio de monjas y se casan con el cerebro repleto de esas ideas que allí les han inculcado, no son capaces de hacer en la vida nada que les sea agradable... El espíritu de sacrificio las persigue siempre...

Regina pensaba todas esas cosas en su subconsciencia, sin darse ella misma cuenta de que las pensaba y sólo para apreciar mejor su vida magnífica, dedicada por entero al placer, que no conocía límites y de la que ahuyentaba todo lo que pudiera ser para ella una molestia o un pesar.

Cuando comenzaron a desfilar los invitados era ya casi la madrugada y en el cielo comenzaba a haber la luz diáfana y nítida del amanecer.

LA TRAGEDIA

Entretanto... entretanto Ana había pasado la noche con aquel hombre al que había introducido clan-

destinamente en la casa de sus amos. Entregada totalmente a aquella hora de placer se había olvidado del niño que dormía en su alcoba y al que los truenos, los truenos que al niño le daban tanto miedo, habían despertado con un sobresalto nervioso.

—¡Mama, mamá!—gritó el niño mirando con terror en torno suyo.

Nadie respondió. La habitación estaba vacía, la puerta abierta y la ventana mal entornada. El viento penetraba en el cuarto y todo lo revolvía y los relámpagos la iluminaban rápidamente como con una amenaza que hacía estremecer de miedo al pequeño Gerardo que gritó de nuevo y con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Mamá, mamá!...

Nada. Nadie respondía a aquel grito desesperado del niño que tenía miedo. Gerardo sintió que su cuerpecito se quedaba helado por el terror.

—¡Ana... Ana... Ana! —llamó pensando que acaso la doncella estaría cerca y oiría su voz.

Tampoco ella contestó. Y el viento seguía ululando como fiera aullada y penetrando en la habitación haciendo revolotear como mariposas enormes de la noche, los tu-

les de las cortinas. Los truenos retumbaban cada vez con más fuerza, como si se empeñaran en poner el terror en el corazón del niño sólo por el placer de verle asustado.

Gerardo sintió todo el pánico de aquellos momentos; se arrojó del lecho gritando como un poseído, con la carita descompuesta por el terror, con un miedo que le hacía correr sin dirección fija, como si quisiera huir de sí mismo. Corrió por la habitación gritando, en un ataque de verdadero pánico que le hacía enloquecer:

—¡Mamá... mamá!... ¡Ana, Ana! ¡Mamá, Ana, mamá!...

Y como el silencio de toda voz humana acrecía su miedo, corrió a la puerta de la habitación que en aquel momento se cerraba con estrépito enorme empujada por el huracán y, loco de terror, corrió a la ventana y se arrojó por ella..

Nadie se había enterado de la terrible tragedia infantil. Mamá se divertía en la fiesta, bebiendo champaña y bailando en brazos de sus admiradores, gozosa de poder lucir su belleza de esfinge y de brillar allí entre todo lo más distinguido de París, como una estrella de primera magnitud. Ana se había confiado al amor, había aprovechado aque-

lla noche de soledad para estar con su novio tranquilamente, sin temor a que nadie viniera a estorbar aquel coloquio dulce y apasionado que la haría vivir unas horas fuera de la realidad de la vida. Los demás criados bailaban como locos en el dancing económico del barrio al que habían ido a disfrutar de la ausencia de los amos...

Nadie se había enterado de la terrible tragedia infantil. Pero en el jardín, sobre el césped, estaba el cuerpecito inanimado de Gerardo, como muestra inequívoca de lo que había pasado por su espíritu de niño miedoso y tímido en aquella hora de soledad, de espantosa soledad, en que la tormenta había tomado todo su desarrollo y le había amenazado con sus rugidos de fiera y había iluminado con sus rayos que eran como el parpadeo de fuego de la noche, la desesperación del chiquillo.

Cuando Ana se acordó del niño dió un grito de angustia:

—¿Qué hará Gerardo? Me había olvidado de él—dijo a su novio—. Espérame. Voy corriendo a ver si duerme tranquilo.

Subió a la habitación del nene y al entrar en ella sintió que su sangre se helaba en sus venas. Gerardo

no estaba en su camita revuelta y en desorden. La ventana estaba de par en par. Las cortinas arrancadas por el viento. El suelo mojado por la lluvia que no había encontrado obstáculos a su paso. Ana se asomó a la ventana y dió un grito de terror.

—Corre, corre, ven, ayúdame... El niño está abajo, en el jardín... Se arrojó por la ventana...

Bajaron los dos al jardín. El niño estaba sin sentido, con una honda herida en la frente y el cuerpecito magullado.

Ana lloraba frenéticamente, presa de una excitación nerviosa que no podía contener.

—¿Qué hacemos?—preguntó el hombre que, como Ana, se sentía culpable de lo ocurrido.

—Vamos, ayúdame, le llevaremos a su camita. De prisa...

Lo tomaron en brazos y le condujeron a la habitación desordenada, que era el escenario de la tragedia pasada por aquella almita infantil.

—¿Qué dirás a los señores cuando lleguen?

—No sé... no sé. No es hora de pensar. Vigila al niño mientras yo voy a llamar al médico.

Ana corrió al teléfono. Tenía la

voz alterada y los ojos enrojecidos.

—Aló, aló... ¿El doctor? ¡Que venga en seguida!... ¡El niño está grave! Sí, en casa de los señores Dormoy... Que no tarde. Es un caso grave, muy grave...

Ana esperó a la cabecera del herido después de haber obligado a su novio a que se marchara para que no la comprometiera con su presencia. El niño gemía. Por lo menos daba alguna señal de vida y en el pecho de Ana renació la esperanza.

Cuando llegó el médico le contó lo acaecido, diciendo que ella se había sentido rendida por el sueño y que no se había podido dar cuenta de lo que al niño había pasado. El doctor no escuchó con detenimiento las palabras de la doncella. Miraba al niño, le examinaba, le auscultaba. Tomó su botiquín de urgencia y le curó la herida de la frente que sangraba sin cesar.

—¡Mamá... mamá! —gimió el niño con voz débil—. ¡Tengo miedo!

—No, mi vida —le dijo Ana, compadecida de aquel pobre ser dolido—. Estamos aquí.

—Quiero a mamá—volvió a repetir el niño con esa monotonía de

los enfermos que se empeñan en una sola cosa.

—Ahora mismo iré a avisarla. Duerme tranquilo.

—Sí, rico, estate quietito. Tu mamá vendrá en seguida—le dijo también el doctor para tranquilizarle, pasándole la mano por la frente calenturienta.

Ana miró con angustia al doctor.

—¿Es grave?—le preguntó.

—Sí, es grave y es preciso operarle en seguida. Voy a telefonar a mi clínica para que vengan a recogerle. No podemos perder tiempo. Cuando lleguen sus padres que vayan a verle allá... ¡Es una infamia abandonar a los hijos!—dijo entre dientes, pero no lo bastante bajo que Ana no pudiera oírle.

Y Ana pensó entonces, por primera vez, que no toda la responsabilidad era para ella. Que casi más culpable que ella era la madre que dejaba solo al pequeño en una noche de tormenta, sabiendo cómo se asustaba el pequeñín de los truenos y sabiendo que el mismo Gerardo le había suplicado varias veces que aquella noche no se marchara...

¿Estaba ella más obligada que la madre? ¿Tenía ella culpabilidad superior a la de la señora? No, y

aquello la tranquilizaba un poquito.

El niño había quedado amodorrado por la fiebre y sólo de tiempo en tiempo daba un quejido largo, largo, doloroso, que desgarraba el corazón de Ana. Los minutos se le hacían interminables. Cuando llegaron los hombres con la camilla y depositaron en ella al pequeño; cuando les vio bajar y cruzar el jardín y meterlo en el coche ambulancia como si fuera un paquetito sin importancia; cuando oyó la sirena del automóvil pidiendo vía libre para aquel caso de extrema urgencia; cuando la escuchó perderse en la lejanía de la calle, Ana se dejó caer en una butaca y lloró amargamente, largamente, como si aquel niño hubiera sido hijo suyo.

Y Regina, ajena a toda aquella espantosa tragedia que ocurría en su casa, seguía bailando y riendo en su inconsciencia de mujer frívola y superficial para la que sólo tiene valor todo lo que brilla y todo lo que triunfa en los salones. Regina no había sentido el aviso del corazón, porque el corazón estaba ocupado por los vapores de la gloria que todo lo enturbian, y por el halago de la adulación que todo lo anula como no sea la propia vani-

dad más despierta y agudizada. Regina seguía riendo con sus carcajadas de mujer feliz, sin pensar en que su hijito estaba sufriendo y luchando entre la vida y la muerte. Regina reía, reía, reía... y sus carcajadas la habían privado de escuchar el grito desesperado de su hijito y sus lamentos de enfermo y sus súplicas de niño.

Amanecía cuando llegaron a su casa. La luz rosada de la aurora inundaba la casa de una tenue claridad. Como era tan tarde no extrañó no ver a ninguno de los criados. Antes de entrar en su habitación, como solía hacer siempre, fué a ver a su pequeño para convencerse de que dormía tranquilito en su cuna blanca y rosa.

Pero la cuna estaba vacía, la habitación desordenada, las sábanas cubiertas de sangre...

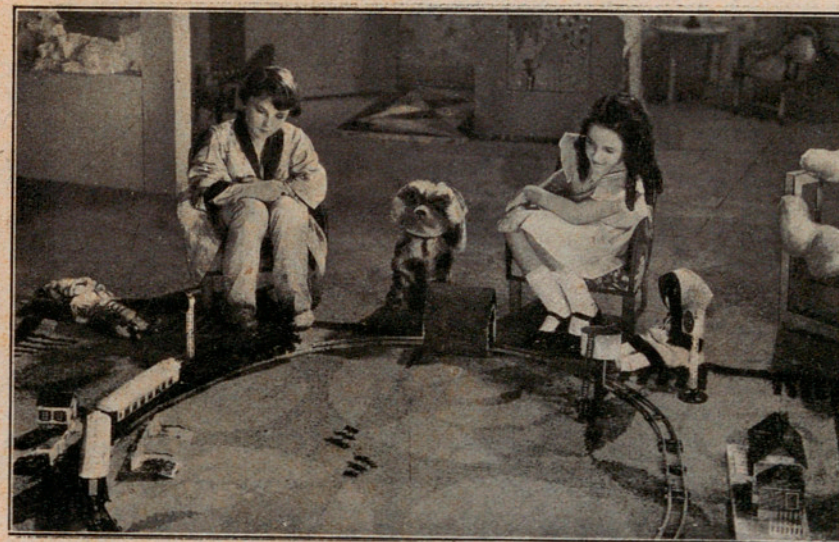
Regina dió un grito terrible, espantoso y su marido corrió a ella para ver qué era lo que había ocurrido.

—¡El niño... el niño! — lloraba desesperada Regina mostrando la cama vacía—. ¿Dónde está mi hijo? ¿Qué ha pasado?

Sólo entonces vió a Ana que estaba llorando en un rincón de la habitación. Fué a ella, la tomó con



...estaban aquella noche muy entretenidos en el cuarto de juguetes.



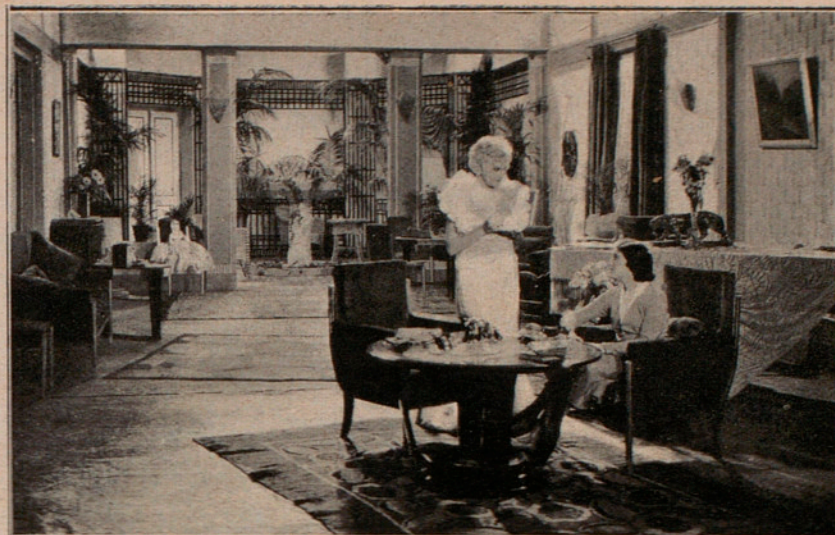
—Es muy bonito tu ferrocarril.—



—Siempre serás la misma...



—El dinero no hace la felicidad.



—...una vida llena de amor no puede ser una vida desgraciada...



—¡Qué angustia tan terrible he pasado!



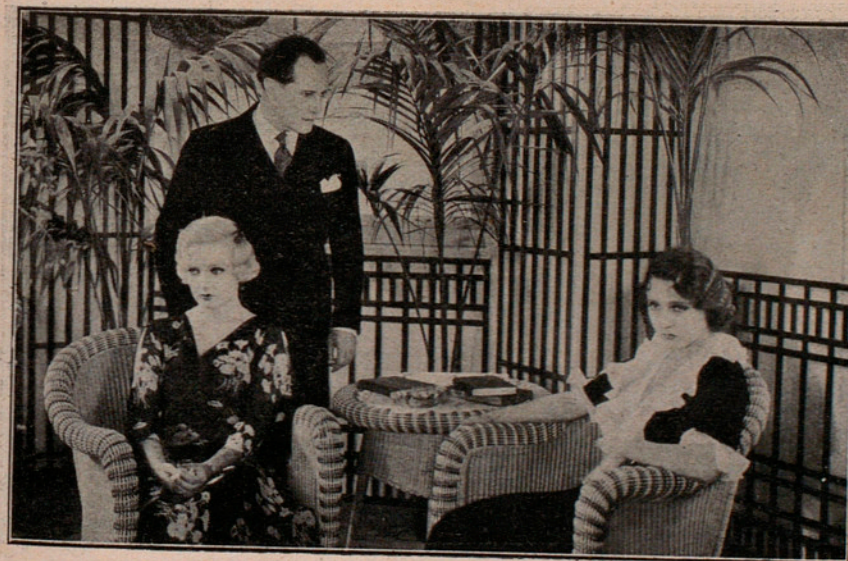
... Ni un solo momento tuvo presente el recuerdo de su hijito...



—Duerme tranquilo.



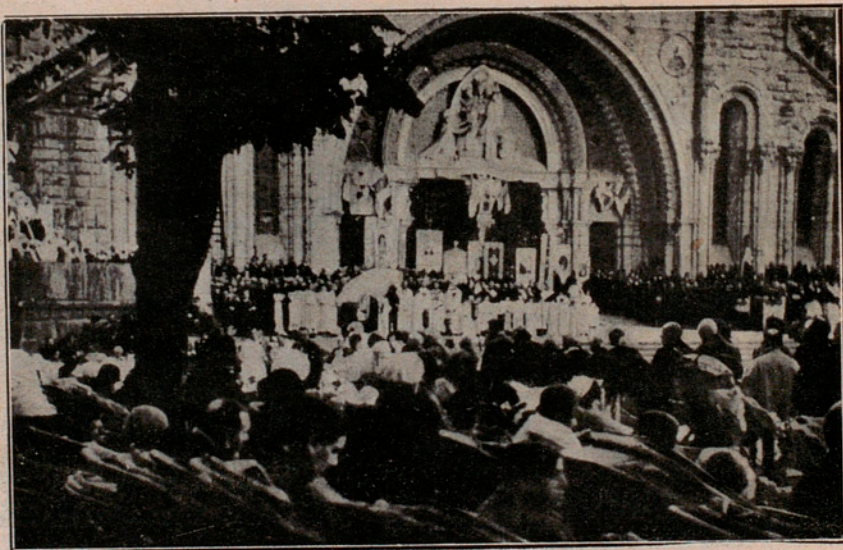
—He visto a las multitudes acudir de todas las partes del mundo...



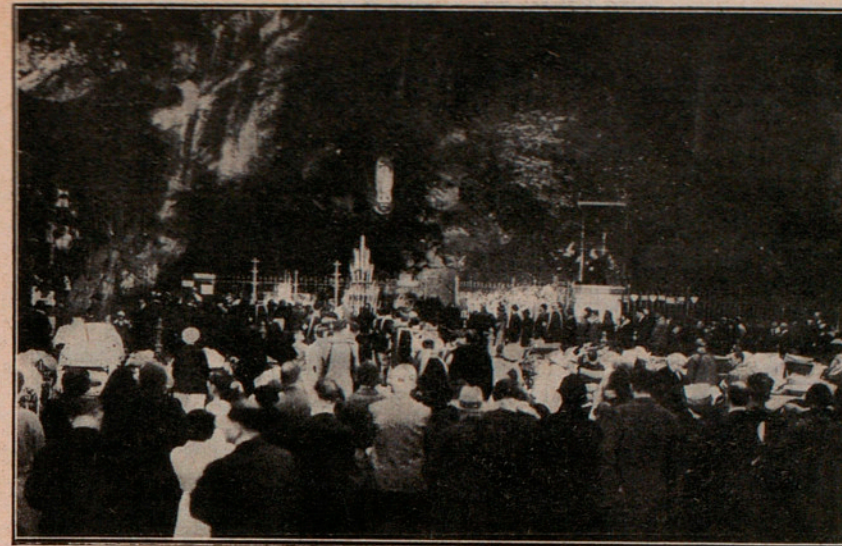
—Ir a Lourdes en el estado que está...



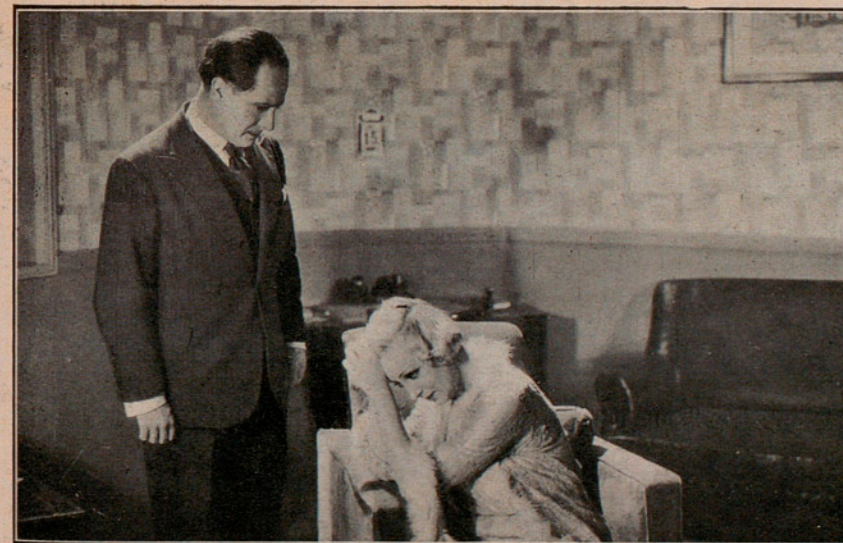
—...yo quiero que Gerardo se cure...



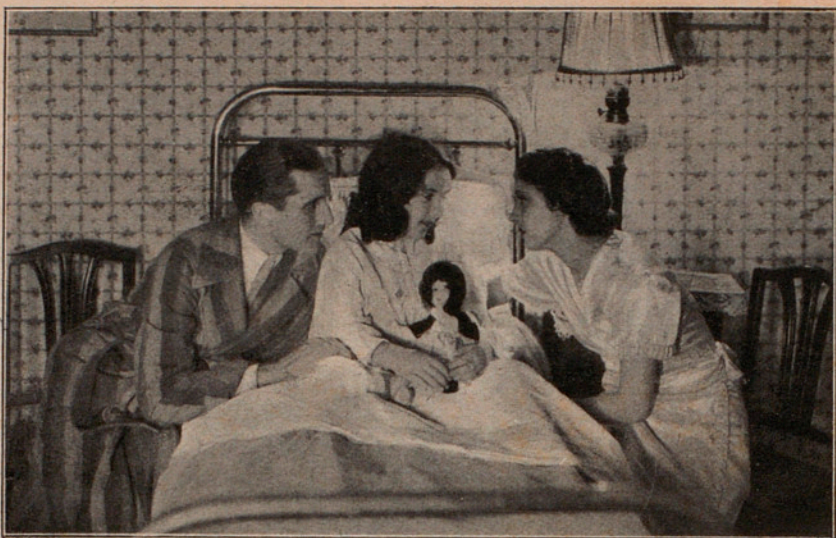
Lourdes resplandecía con toda su belleza.



Todos esperaban en el milagro supremo...



—Ya sabía yo que este viaje no nos traería más que nuevos disgustos...



—Cré que no te acordabas de él, hija mía...



—¡Ave, ave, ave María!

L A V I R G E N D E L A R O C A

fuerza por los brazos, le preguntó ávida de conocer la verdad y, sin darse apenas cuenta de las mentiras que la doncella le decía para disculparse, oyendo sólo que su hijo estaba herido y muy grave en la clínica donde le habían llevado para operarle, salió con su mismo vestido de noche, con su tocado de recepción, seguida por su marido que sentía, como ella, el dolor, pero que se contenía para no excitar más a su mujer que estaba desesperada...

En la clínica tuvieron que esperar. El niño estaba aún en la sala de operaciones y no podían saber nada hasta que le sacaran de allí. Fueron momentos de indecible angustia, momentos que parecieron inacabables a aquellos padres en los que el dolor venía a hincar su garra con fiereza después de una noche de placer y de orgía.

Al cabo de mucho, mucho rato, llegóse a ellos el médico y les dijo:

—La operación ha terminado. El niño la ha soportado bien, pero está muy débil. Pueden ustedes verle un momentito, pero sin decirle nada... Cualquier emoción que sufra en estos momentos puede serle muy perjudicial. Les suplico entereza y serenidad por el bien del niño.

Regina no pudo articular una pa-

labra. Sentía como si se fuera a ahogar o como si fuera a perder allí mismo la vida. El dolor había sido tan súbito, tan inesperado, y contrastaba tanto con la vida que hasta entonces había llevado que, como no estaba preparada para él, le producía una estupefacción que la privaba casi hasta de la facultad de pensar.

Sólo cuando vió a su hijo tendido en el lecho, con la cabecita vendada, pálido el rostro como si estuviera muerto, con unas ojeras cárdenas que circundaban sus ojitos cerrados, sólo entonces se dió cuenta de la magnitud de la desgracia ocurrida. Se arrodilló junto a la cama del enfermo, le miró a través de sus lágrimas, sintió invadido su corazón de ternura y de piedad y quiso acariciar aquella cabecita adorada que ahora sufría... Pero al ir a llevar la mano hasta la frente de su hijo, la detuvo la mano de la enfermera que le hizo un gesto imponiéndole silencio y quietud. Regina miró con desesperación a aquella mujer que la privaba del consuelo de acariciar al niño, miró otra vez a su hijo que parecía no existir y, desbordándose su dolor se dejó caer anonadada sobre la almohada misma del enfermito y

rompió a llorar con unos sollozos desgarrados, que le destrozaban el pecho y que se empujaban unos a otros con una fuerza inusitada, como se habían empujado durante la noche los truenos que habían retumbado en el cielo y habían amedrentado el corazón del nene hasta el punto... hasta el punto de hacerle preferir la muerte antes que pasar por aquel miedo feroz que le había poseído.

La enfermera la tomó por el brazo, compadecida de aquel dolor desbordado, y la obligó a levantarse y a salir de la habitación del enfermo.

—El niño despertará en seguida del cloroformo. Ni para él ni para usted es bueno que esté a su lado en ese momento. El niño necesita calma y usted también. Ahora, déjenoslo a nosotras, nosotras le cuidaremos bien... Cuando comience a sentirse mejor podrá usted estarse siempre junto a él... siempre.

Regina dejaba que los demás pensaran y actuaran por ella. Estaba casi tan inconsciente como su hijito bajo los efectos del cloroformo. Se había quedado sin voluntad, sin afán por nada, sin interés por nada de lo que la rodeaba. Sólo sabía que su hijo sufría y que ella es-

taba pasando por el momento más trágico de toda su vida, por un dolor que jamás hubiera pensado poder soportar...

El doctor había hablado con el padre del niño, procurando que sus palabras no llegaran a los oídos de Regina. Era una noticia terrible, porque el señor Dormoy se quedó intensamente pálido y tuvo que sostenerse en el respaldo de una silla.

—Ni una palabra a mi mujer, doctor, se lo suplico.

—Ni una palabra... El tiempo la irá convenciendo lentamente... Son dolores que sólo el tiempo puede persuadirnos de que hemos de pasar por ellos y cuando comenzamos a darnos cuenta de lo inevitable ya casi nos hemos podido resignar a aquel dolor — dijo el médico que había visto ya muchas penas en la vida y que tenía una gran comprensión para todo el ajeno sufrimiento.

—¡El tiempo... el tiempo!—suspiró el señor Dormoy—. Para dolores como ese el tiempo sólo conseguirá avivarnos más la herida, doctor.

—No se desanime... Ha de ser usted fuerte para dar fortaleza a su mujer y luego, entre los dos, animar a ese pobre pequeño al que le

esperan horas muy amargas en toda su incompreensión infantil.

LA CONVALECENCIA

Las horas lentas, monótonas, tristes, de la convalecencia, llegaron. Regina permanecía largas horas sentada al lado de su hijo, sumida en un silencio desesperado, en un abatimiento profundo que nada ni nadie lograba curar.

Había visto al niño mejorar de sus heridas, quedar sin fiebre, comer con apetito, sentirse ya con ánimos de salir de su camita de enfermo... pero le veía sin fuerzas para caminar y, aunque al principio nadie le habló de que era una cosa sin remedio, ella adivinó que su hijito había quedado imposibilitado de las piernas. Ya nunca podría correr, ya no saltaría más por el césped del jardín, ya sería para siempre, para siempre el pobre inválido del que todo el mundo siente compasión...

El castigo era espantoso para aquella mujer que había estado entregada al placer y al mundo hasta el momento mismo de la desgracia. Y el castigo la había aniquilado moralmente. Regina no podía sonreír más que haciendo un gran es-

fuerzo cuando su hijo la miraba y buscaba en los ojos maternos la esperanza que él comenzaba a perder.

—¿Cuándo podré andar, mamá? —le preguntaba muchas veces.

—Pronto, hijo mío —respondía la madre ocultando su dolor en aquella amarga sonrisa que hacía brotar en sus labios por un gran esfuerzo de su voluntad.

—Siempre me dices lo mismo: pronto. ¿Pero cuándo?

—En cuanto estés más fuerte. Mira, ahora te están haciendo las muletitas y así podrás caminar por el jardín, y tomar el sol, y esperar a que las piernas vayan tomando otra vez fuerza... Eso será sólo por una temporada. Luego andarás ya tú solito y en seguida podrás correr y brincar como todos los niños.

—Yo no sabré andar con muletas...

—Ya aprenderás, hijo mío. Es preciso que aprendas, porque el médico dice que si no comienzas a andar con muletas, te costará mucho tiempo curarte del todo.

Y así, con aquella piadosa mentira, había convencido al niño de la necesidad de usar de aquellas mule-

tas que ella sabía jamás podría su hijo abandonar.

Horas terribles, horas espantosas, horas dolidas aquellas de la convalecencia del niño que se alargaban indefinidamente, como si el tiempo se hubiera estancado y no quisiera traer a aquellos corazones torturados el consuelo de su paso. El tiempo... el tiempo, tan piadoso para todos los dolores, tan compasivo para todas las tristezas, sobre las que va corriendo lentamente su velo de olvido, era, para el dolor de aquellos padres y la impaciencia del niño, un implacable verdugo. Cada día que pasaba, cada semana que transcurría era una nueva decepción para el pequeño y un nuevo dolor para los padres que se iban convenciendo cada vez más de la inutilidad de la ciencia para mejorar el mal incurable del niño.

El tiempo pasaba, pero no llegaba lo que tanto habían anhelado: el alivio del pequeño Gerardo que se consumía en la tristeza de aquella inacción forzosa.

Regina había cambiado mucho. Vestía ahora con sencillez, casi con abandono. Su figura no se reflejaba continuamente ante los grandes espejos del tocador a los que no se asomaba ya. Llevaba la tristeza hin-

cada en el alma y reflejada en todo su ser. Con ese dolor inconsolable de los que no tienen fe, de los que no ven su vida iluminada por la luz bella y esplendente que emana de una religión sólida y bien cimentada, Regina huía de todo sin acercarse a nada... Huía del mundo que le había arrebatado la paz del espíritu y que había marchitado en flor una vida que estaba llamada a triunfar en el mundo. Huía de las amistades que no podían comprender el dolor de aquellas horas tristes, infinitamente tristes y desoladas. Huía de todo lo que pudiera apartarla de su hijo, al que se había consagrado por entero, comprendiendo, sin embargo, que era demasiado tarde y que sus cuidados de ahora no le compensarían del abandono de antes, de aquel abandono cruel que le había llevado a su sillita de inválido.

Los amigos de Regina, gentes frívolas que sólo acudían a la casa cuando había en ella alegría y bullicio, se habían ido retirando poco a poco, después de haber creído cumplir con un deber social acudiendo en masa en los primeros días de la desgracia, cuando el ánimo de la pobre madre estaba tan desgarrado que la presencia de aque-

llas gentes iba abriendo en él nuevos y más dolorosos surcos.

Ahora que estaba tan sola ya nadie de todos aquellos que en la época feliz se habían llamado sus amigos, nadie acudía a verla, a hacerle un rato de compañía, a distraerla trayendo un poco de novedad que cortara la monotonía lenta de aquellas horas tristes, a consolarla con palabras buenas o a alentarla con una esperanza ultraterrena.

Todos habían huído del hogar en el que el dolor se había asentado. Todos menos Cecilia que, ahora más que nunca, se pasaba las tardes al lado de su triste amiga, acompañándola en silencio y siendo acaso la única capaz de comprender, con su intuición de mujer y su ternura de madre, todo lo que sufría aquel corazón de mujer-madre, como el suyo.

Cecilia llevaba la labor a casa de Regina, se sentaba junto a ella, dejaba que Bernadette fuera a jugar al lado de Gerardo, y permanecía en silencio, evitando así que Regina se fatigara de su presencia, que le resultara enojosa una charla constante en aquellos momentos en que su alma necesitaba de la muda comprensión de los demás para hallar

en aquel mismo silencio un poco de consuelo.

¡Así había pasado un año!... Un año tras el cual se había desvanecido hasta la más remota esperanza sustentada hasta el último momento. Gerardo estaba para siempre, inevitablemente, imposibilitado de sus piernecitas atrofiadas por el golpe recibido al caer al jardín de la altura de un primer piso. Había aprendido a caminar con sus muletas, pero lo hacía lentamente y no encontraba en ello el menor gusto; prefería estarse sentado en su sillita de inválido, tan mudo y silencioso como su madre... tan triste como ella.

Aquella tarde Cecilia había acudido, como cada día, acompañada de Bernadette, que seguía siendo la niña inteligente y juiciosa y buena, la niña que reflejaba en todo su ser la ternura de una madre solícita y cariñosa.

Regina estaba sentada junto al gran ventanal que daba al jardín, leyendo distraídamente un libro que no le interesaba y que, a cada rato, dejaba abandonado sobre su falda para embeberse en sus propios pensamientos amargos y llenos de negrura.

Cecilia se puso a coser en el

mantelito que estaba confeccionando y, de tiempo en tiempo, miraba con pesar a su amiga sin atreverse a romper el doloroso silencio que las rodeaba.

En el jardín se escuchaban las voces de los niños. Gerardo estaba tendido en su silla mientras Bernadette saltaba con entusiasmo a la cuerda cantando uno de esos cantos infantiles llenos de ingenuo candor.

Cecilia sorprendió en los ojos de la desgraciada madre la pena que le causaba ver el contento de la niña al lado de la tristeza de su hijito. Era una pena en la que no había egoísmo ni maldad, una pena tan humana y tan comprensiva... Cecilia no necesitó de más para asomarse a la ventana y decir dulcemente a la niña:

—Bernadette, hija, no saltes más... Vas a fatigar a Gerardo. Jugad a otras cosas más quietas...

Regina volvió los ojos llenos de lágrimas a Cecilia, le tomó la mano y se la estrechó en silencio, sin poder articular ni una palabra, emocionada por aquel rasgo tan natural de su amiga que le devolvió mirada y apretón de manos y le dijo, queriendo darle ánimos:

—Dios todo lo puede, amiga mía... ¿Por qué no confías en su

omnipotencia? Vuelve a El los ojos. Ruega por tu hijo, como lo hago yo todos los días...

Regina cruzó sus manos sobre el pecho, alzó sus ojos purísimos, sus grandes ojos azules en los que la tristeza había puesto una exquisita dulzura y sin contestar a su amiga, como si dejara solamente hablar a su corazón, comenzó a mover los labios en una oración que subía como nube de incienso y se remontaba a aquellas regiones desconocidas de las que esperaba un auxilio sobrenatural...

Cecilia, sin dejar de coser, unió su oración a la de su amiga

—Dios mío — decía para sus adentros—, da a esta madre desolada consuelo en esta espantosa prueba a que la habéis sometido. Ella volverá a Vos, Dios mío... El dolor con que queréis purificar a esta alma que se había apartado un poco de vuestro camino es tan grande que necesita de toda vuestra ayuda para poderlo sobrellevar... Es su hijo, Dios mío... Tened piedad de ella y ayudadla con vuestra infinita bondad...

Por el rostro de Regina resbaban las lágrimas que no trataba de enjugar. Se sabía comprendida y querida por Cecilia que le estaba

dando pruebas inequívocas de su amistad sincera, y lloraba sin sollozos, con un llanto que la hacía bien, porque desahogaba su corazón atezado por aquel dolor cruel que le destrozaba la vida.

Bernadette había obedecido instantáneamente a su madre y había recogido su cuerda de saltar:

—¡Ea, ya no salto más si eso te fatiga!... — le dijo a su amiguito acercándose a él—. Cuando te canse dímelo tú mismo... Yo no me doy cuenta... Soy una tonta... ¿A, qué quieres jugar, a muñecas?

—No, eso se deja para las niñas...

—Entonces, ¿qué quieres para divertirme?...

—No lo sé... — replicó el niño con tristeza.

Bernadette, con la intuición despierta por una sensibilidad innata, tomó un polichinela vestido de amarillo y rojo y comenzó a hacerle hacer piruetas delante de Gerardo para que éste se riera. Pero el niño seguía serio y taciturno y, de un manotazo, arrancó al muñeco de manos de Bernadette y lo arrojó al suelo.

—¿Te has enojado?—le preguntó la niña extrañada de aquel brusco arranque.

—No... es que me aburre ese muñeco...

—Entonces, dime qué quieres... ¡yo lo haré! — replicó Bernadette dispuesta a sacrificar sus gustos en aras de la amistad que la unía a aquel pobre ser desvalido.

—Quisiera... quisiera correr, saltar, brincar como tú, ¡como todos los niños!...—dijo súbitamente Gerardo en un arranque de entusiasmo y de desesperación—. Quisiera no tener que estar siempre sentado en esta silla odiosa. Quisiera...

—Pues vamos a andar, hombre, si eso es muy fácil—dijo la niña interrumpiéndole—. Verás, yo te doy las muletas y nos pasearemos por el césped, jugando a que tú eres un niño enfermo y yo soy tu enfermera y te llevo de paseo... Ya verás como nos vamos a divertir.

Bernadette retiró la manta que cubría a Gerardo, le ayudó a incorporarse en la silla, le puso las muletas bajo sus bracitos débiles y le sostuvo para que pudiera levantarse, entonces se puso junto a él y comenzaron a caminar lentamente. El cojito andaba con mucha dificultad; sus piernas se arrastraban inútiles para todo movimiento, los maderos de sus muletas iban marcando surcos redondos en el césped

del jardín. Bernadette le hablaba y le hablaba con un parloteo de pájaro, para distraerle; pero el niño caminaba en silencio, triste, pensativo, serio...

Desde la ventana su madre contemplaba aquel cuadro que le partía el alma. Miró al niño, vió su andar vacilante ayudado de sus paños que iban moviéndose con un ritmo lento, vió sus piernecitas que como muñones sin vida se arrastraban penosamente y cerró los ojos para no ver toda aquella miseria humana de la que ella se sentía única culpable...

Entonces, en su imaginación brotó la imagen de Gerardo bueno y sano, como podría estar si ella aquella noche terrible no se hubiera alejado de su casa; vió a su hijo fuerte, sano, alegre, corriendo por el césped, jugando a la pelota con un brío inusitado, riéndose con aquellas francas carcajadas infantiles que escuchaba en los labios de otros niños y que jamás había podido escuchar en labios de su hijo desde aquella noche... desde aquella noche espantosa que era como una pesadilla que amargaba su vida toda.

Regina dió un suspiro hondo, muy hondo, y rompió a llorar con

todo el sentimiento de su alma; ahora sí, ahora sí lloraba con sollozos desgarrados, con un desaliento profundo, con una desesperanza terrible.

—¡Regina, valor, valor!—le dijo Cecilia acariciándola suavemente.

—No puedo, amiga mía, no puedo... La visión de mi hijo me atormenta constantemente... El tiempo puede llegar a acostumbrarnos a la pérdida de un ser amado, pero el tiempo sólo logra ahondar más la herida en mi caso... Cada vez que veo caminar a Gerardo con sus muletas y pienso que por mi culpa, sólo por mi culpa no es un niño feliz como los demás, siento un dolor superior a toda mi fortaleza, a toda mi voluntad... Necesito llorar y llorar a gritos, si pudiera ser... Pero me contengo por él, por mi hijo... ¡Pobre hijo de mi vida!

—Valor, amiga mía, valor... Dios es misericordioso y El te dará fortaleza para sufrir tu desdicha.

—He sido muy culpable, Cecilia, muy culpable... y ahora lo estoy expiando... Es un castigo muy duro, pero comprendo que lo tengo merecido... Todos los días le pido a Dios que me perdone, no por mí, que no lo merezco, sino por mi hijo

que es la víctima inocente de mi inconsciencia

—¡Regina!... ¿Tú rezas todos los días?... ¿Tú has vuelto a Dios?

—Amiga mía... no hay nada como el dolor para aprender a rezar... Cuando se siente el abandono total, cuando parece que el cielo y la tierra se han hundido para siempre, es cuando en los labios brota la plegaria, cuando el corazón necesita orar para encontrar en Aquel que todo lo puede la única fuente de consuelo a que ya se puede aspirar; la única verdadera, la suprema, la inagotable... Pero Cecilia, tengo miedo, mucho miedo de que Dios, ya no quiera oírme.

—No hables así, Regina; Dios te ha mandado una prueba muy dura; pero El te mandará también la resignación que necesitas... Confía en El...

—Dime, Cecilia; ¿tú has estado en Lourdes?

—Sí; fuí con mi marido en viaje de novios... ¡Era mi gran ilusión!

—¿Y tú crees en los milagros que de allí se cuentan?

—¡Creo!... Se han probado todos ellos; no pueden ponerse en duda.

—¿Tú has visto alguno?

—No; no me ha cabido esta suerte... ¡No he visto ningún milagro!

—¿Pero crees en ellos?

—Sí, creo, los hay a menudo...

Y he visto, además, he visto la fe pintada en el rostro de las muchedumbres, la esperanza reflejada en millares de pupilas que se elevaban al cielo, la resignación en aquellas facciones contraídas por el dolor o desfiguradas por la enfermedad, la paz en aquellas almas que habían ido en busca de un bien sobrenatural y que, aunque no habían encontrado la curación física se llevaban el corazón inundado de una luz celestial.

Cecilia estaba transfigurada, emocionada, hablando de la visión neta que conservaba de su estancia en Lourdes. Sus ojos brillaban con nueva luz y su corazón se desbordaba en palabras de entusiasmo, de fe y de amor.

—He visto, Regina, he visto... He visto a las multitudes acudir de todas las partes del mundo a postrarse ante la imagen santa, he visto a los enfermos arrastrados en sus carritos llegarse a la Gruta y penetrar en las aguas milagrosas y salir de ellas con una nueva esperanza prendida en el corazón, he visto las procesiones interminables que cruzaban la gran explanada y se apiñaban en torno a la gran Basí

lica; he visto la comunión de los enfermos y la bendición dada a cada uno de ellos mientras sus voces se elevaban en un grito de súplica pidiendo cada uno la salud que le faltaba y he visto como las cabezas se humillaban rendidas y las voces entonaban cánticos de júbilo y de paz y los ojos se arrasaban en lágrimas de emoción...

—Cecilia, has sido feliz toda tu vida porque has sabido hallar en la religión el consuelo que a mí me ha faltado en la hora del dolor; pero tú me haces concebir una esperanza; tus palabras me hacen ver un mundo hasta ahora desconocido para mí o, lo que es peor, olvidado. Cecilia, Cecilia, si mi marido quisiera... Si yo pudiera llevar a mi hijo y ponerlo ante la imagen santa e implorarlo con toda mi alma, con toda esta pobre alma mía que ya no puede más...

Regina alzó sus pupilas al cielo y volvió a cruzar sobre su pecho las manos y volvió a elevar su muda plegaria, plegaria que salía de lo más profundo de sus sentimientos y que, sin palabras, tenía todo el poder de una petición inspirada.

Gerardo seguía, entretanto, sentado en su silla, con su cara triste y sus ojitos perdidos en la leja-

nía, mientras la pobre Bernadette le miraba y no sabía cómo consolarle ni cómo distraerle.

—Mira, Bernadette, mira... ¡Qué felices son los pájaros!...—le dijo, mostrándole un grupo de pajarillos que triscaban por las ramas de los árboles y revoloteaban en torno cazando su sustento cotidiano.

—Más felices somos nosotros, porque los pájaros no tienen alma y no pueden gozar de Dios...

—Pero pueden saltar y correr, Bernadette... Y si se rompieran una patita podrían seguir saltando, porque tienen alas... ¡Yo quisiera ser pájaro para tener alas y poder volar!—dijo Gerardo con tristeza.

—Cuando seas ángel también tú tendrás alas y podrás ir a todas partes.

—Entonces... quisiera ser ángel...

—Para ser ángel es preciso morir...

—¡Pues me quiero morir, Bernadette, me quiero morir!... Yo no quiero vivir siempre sentado en este sillón...

El niño se quedó pensativo, concentrado, como solía quedarse a cada rato desde que se había dado cuenta de que ya no se pondría

nunca más bien, aunque los mayores quisieran engañarle.

—¿En qué piensas, Gerardo?—le preguntó Bernadette.

—¿Sabes en qué estaba pensando? En aquella historia tan bonita que tú me contaste una vez... ¿Te acuerdas?

—No... ¡Te he contado tantas!...

—Pero aquélla era la más bonita de todas las que me has contado...

—No sé cuál quieres decir...

—Sí, la de aquella pastorcilla a la que se le apareció la Virgen Santísima y, para que creyeran en lo que la niña contaba, se puso a hacer milagros... a curar a los enfermos que los médicos no podían curar...

—¡Ah, sí; ya me acuerdo! Quieres decir la historia de la Bernadette.

—Sí, esa misma. Oye, ¿si yo le pidiera a papá que me llevara, te parece que me llevaría?

—Pídeselo. Tu papá no te niega nada de lo que le pides.

—Pero tengo miedo de que no me quiera llevar.

—¿Por qué?

—Porque debe estar muy lejos y debe ser muy caro el viaje...

—Tu papá tiene mucho dinero... El puede llevarte, si quiere.

—¿Cuánto te parece que puede costar? ¿Un millón de francos?

—¡Oh, no, tonto!... ¡Un millón!... Eso es mucho... No creo que valga tanto; pero yo no lo sé; pregúntaselo a tu papá y si te dice que es muy caro, entonces le rezas a la Virgen desde aquí y puede que también te escuche...—le contestó Bernadette que razonaba siempre como una mujercita juiciosa y formal.

—Sí, tienes razón; esta misma noche le hablaré a papá... Pero me da miedo... Si me dice que no, me voy a disgustar.

—No debes disgustarte, Gerardo. Cuando los papás dicen que no a una cosa que nosotros les pedimos es porque realmente no deben o no pueden hacerla. Tú pídeselo y si se niega a ello, no te disgustes, sabe conformarte con lo que él te diga... La Virgen estará muy contenta si tú sabes sacrificarte y quién sabe si por agradecimiento te cure. Mira, yo, desde esta noche, voy a rezar el rosario para que la Virgen de Lourdes te cure.

Así quedaron convenidos aquellos dos buenos amiguitos que tan bien se comprendían y Gerardo se hizo el propósito de pedir aquella misma noche a su padre que le lle-

vara a ver a aquella bellísima señora que se había aparecido a Bernadette en una cueva del Pirineo... Estaba seguro de que ella tendría piedad de su invalidez y de que devolvería la vida a sus piernecitas muertas...

IMPIEDAD

A Gerardo le obligaban a acostarse temprano. El médico había ordenado que el niño estuviera en la cama el mayor número posible de horas, para que su temperamento nervioso, sobreexcitado por la continua inacción, encontrara un sedante en la calma natural del lecho. Así, mientras estaba en la cama, no se daba tanta cuenta de su imposibilidad de caminar, y los nervios se apaciguaban y el cerebro infantil dejaba de pensar en aquella idea atormentadora.

Aquella noche, cuando el padre llegó a dar las buenas noches a su hijo, Gerardo se sentó en su camita y le dijo, muy serio, como un hombrecito que ha reflexionado mucho antes de formular la petición:

—Papá, ¿si te pido una cosa, me la vas a conceder?

—¡Pues cómo no, hijo mío!...— exclamó el padre que estaba siem-

pre ansioso de cumplir los menores deseos de su hijo—. Pide lo que quieras, puedes dar por descontado que lo tendrás en seguida.

—Papá... quiero ir a Lourdes... Llévame a Lourdes... Ahora mismo estaba soñando, antes de que tú entraras, en que había ido a Lourdes, había hablado con la Bernadette y me había llevado hasta la cueva de la Virgen y al salir de ella... ¡yo estaba curado, papá!... Y podía correr y saltar como los demás niños... Y mamá y tú estabais muy contentos y yo corría, corría, corría...

Gerardo hablaba con exaltación, nervioso, sobreexcitado por la conversación que había tenido aquella tarde con su amiguita y por la esperanza que había tomado nido en su corazoncito tierno, fácil a las emociones.

—Bueno, hijo mío — contestó el padre desalentado por aquella pregunta, por aquella súplica que él estaba tan lejos de presumir—. Ahora es preciso que duermas... Cálmate, mi vida, sino ya sabes que el médico ha dicho que ibas a enfermar seriamente. Necesitas dormir... Estás muy nervioso. Anda, acuéstate...

—¿Pero me prometes llevarme a Lourdes?— insistió el pequeño.

—Yo hablaré con tu madre... Ella decidirá... Duerme tranquilo; no pienses en esas ideas exaltadas.

—Papá, quiero ir a Lourdes... Si la Virgen me curara...

—¿Quién te ha dicho que la Virgen cura a los enfermos?— preguntó el padre disgustado.

—Me lo había dicho, hace mucho tiempo, Bernadette, y hoy me ha vuelto a hablar de eso.

—¿Y qué sabe Bernadette de esas cosas?

—Sí lo sabe, papá... Bernadette sabe cosas muy bonitas y que dan mucho consuelo y ella sabe que la Virgen ha curado a muchos enfermos... ¿Por qué no he de ser yo uno de ellos? Bernadette sabe que todas esas cosas son verdad; ella me lo ha dicho... Yo quiero ir a Lourdes, papá...

—Bueno, bueno, cálmate... Ya hablaremos mañana con más detenimiento. No son cosas para decidir las así, súbitamente. Hemos de hablar con mamá, con el médico... Ya veremos...

—Papá... ¿no me quieres?

—Hijo de mi alma... ¡más que a mi vida!

—No, no me quieres, porque no

quieres que me cure... Bernadette me ha dicho que sólo la Virgen me puede curar.

—Ella no puede saber esas cosas.

—Sí, y yo también... Yo he visto en sueños al Niño Jesús y me ha dicho que fuera a Lourdes, que me curaría... Y el Niño Jesús no miente nunca.

—Bueno, bueno, hijo mío... Yo te prometo complacerte si el médico nos da permiso para ello.

—¿De veras me lo prometes, papá?

—De veras; pero ahora has de dormir... No quiero que te excites más. Te vas a poner enfermo... ¿Me prometes que dormirás?

—Sí, papá, ahora sí, porque ahora ya veo que me quieres— dijo Gerardo sonriendo con una dulce esperanza y recostando su cabeza ya fatigada sobre la almohada mullida.

El padre, cuando le vió ya dormido, salió de la habitación y marchó al salón en donde estaba su mujer con Cecilia, que aún le hacía compañía.

Las dos amigas, como siempre, hablaban de la enfermedad del niño. Regina no podía tener otro tema de conversación y como Cecilia

comprendía que hablar de ello hacía bien a su amiga, era ella la que abordada casi siempre el tema.

—Has de tener confianza en Dios—le decía Cecilia—. Si El quiere puede curar a tu hijo... a la edad del niño todo es posible y los médicos muchas veces se equivocan... ¿Por qué desesperar?

El señor Dormoy escuchaba la voz de aquella mujercita con la que nunca había simpatizado demasiado, mientras se paseaba, agitado y nervioso, a grandes pasos, a lo largo de la habitación.

—¿Sabes qué me acaba de decir Gerardo?—preguntó encarándose con su mujer.

—¿Qué te ha dicho?—preguntó Regina con ansia.

—Que quiere ir a Lourdes... ¿Has visto qué disparate?... Ir a Lourdes en el estado en que está... El médico recomienda un reposo absoluto y él se empeña en emprender un viaje fatigosísimo... Eso son tonterías que le ha metido en la cabeza Bernadette, con sus cuentos de niña...

Cecilia bajó los ojos turbada, molesta, triste, por aquellas palabras duras y frías que herían a su hijita y a sus nobles sentimientos de cristiana, pero se calló esperando

la contestación que daría Regina a aquellas palabras de su marido.

—¿Y por qué no acceder a la súplica del niño?—preguntó a su vez Regina, sonriendo a la esperanza de que su marido consintiera en aquel viaje que también ella anhelaba.

—¿Acceder a esa puerilidad?... No, amiga mía, no accederé... Eso son cosas infantiles... absurdas... Muy bonitas para la imaginación de un niño, pero completamente falsas e impracticables... ¿Cómo voy a exponer yo a mi hijo a las fatigas de un viaje que sé ha de costarle una decepción?

—¿Una decepción?... ¡Quién sabe si vendría curado!—suspiró Regina mirando frente a frente a su marido para ver el efecto que le causaban sus palabras...

—¡Oh, Regina, te desconozco!... ¡Eso es insensato!... ¿Cómo puedes abonar tú, una mujer tan razonable, esas paparruchas inventadas por una religión hecha de puros fanatismos? Comprendo que para un niño ese bello cuento de hadas pueda impresionarle los sentimientos; comprendo que un niño de siete años quiera ir a Lourdes a curarse... Pero lo que no comprendo, lo que no cabe en mi cerebro, es que

personas mayores y sensatas crean en semejante insensatez...

Regina calló, molesta por las palabras de su marido que iban dirigidas directamente a Cecilia. Fué ésta la que las recogió, con la sonrisa en los labios y la palabra tranquila y serena:

—Como eso lo dice por mí, no tengo inconveniente en recogerlo... Permítame decirle, amigo mío, que si creo firmemente en Lourdes, sinceramente, con toda mi fe ferviente de católica, no soy sola en mi creencia... Millares de personas acuden cada año a visitar la imagen venerada, viniendo de los lugares más apartados y lejanos del Globo. Quiero decir que no soy yo, pobre mujer ignorante, como usted cree, la que tengo fe en los milagros que allí se realizan, sino que grandes pensadores, sabios reconocidos, médicos ilustres a los que no cegaba una fe inconsciente, proclaman la veracidad de los milagros de Lourdes. Quiero decir que muchos que fueron allí para burlarse... volvieron sanados de espíritu, creyendo en lo que habían visto...

—Es posible—replicó Dormoy, desdeñoso—. Todo es posible... Los cerebros más inteligentes tienen sus sombras absurdas, sus flaquezas...

—Entonces, ¿cómo se explica usted que si todo es mentira, desde hace tres cuartos de siglo las muchedumbres acudan a Lourdes con la fe pintada en los rostros y la esperanza iluminando sus corazones? ¿Cómo no se han convencido aún de la inutilidad de esas peregrinaciones fatigosas y largas que sólo logran fatigar a los enfermos, como usted dice, sin reportarles ningún provecho? ¿Si no hubiera algo de sobrenatural, algo de extraordinario en Lourdes, cómo se explicaría el hecho de que acudan las gentes de todos los lugares de la tierra y se hagan enormes sacrificios para ir en busca de la salud anhelada?... Algo ha de haber en aquel rincón de la tierra que sea como un trasunto del cielo para que las multitudes gocen yendo allá en busca de paz y de consuelo... ¿Cómo se explicaría que acudieran a invocar en Lourdes una protección divina si esa protección no se hubiera manifestado nunca?

—Mi querida Cecilia... no se esfuerce... Tiene usted mucha elocuencia cuando defiende usted su religión, pero sus teorías no harán cambiar en nada las mías... Usted tiene sus creencias, tiene usted sus ideas particulares de la vida... Yo

también tengo las mías, que siguen una paralela totalmente opuesta a la suya... Es inútil que nos esforcemos... Usted y yo nunca podremos encontrarnos..

—Lo siento, amigo mío... Lo siento por usted, por Regina... ¡y sobre todo por el niño!

Dormoy ya no quiso insistir en aquel tema que había de llevarles a una discusión inútil. Dormoy era, ante todo, un hombre de mundo y un hombre que sabía contener sus impulsos y, aunque se había dejado llevar más allá de lo que las buenas maneras prescriben, supo cortar a tiempo una conversación que había herido a Cecilia y que podía abrir un surco infranqueable en aquella amistad que era acaso la única que le quedaba a su esposa.

Cecilia también supo callar a tiempo. Sentía que las palabras se agolpaban a su boca, que debía defender sus ideas hasta convencer a aquel descreído; pero comprendió que no era el momento oportuno; que aquella alma batida por el dolor no había sabido templarse en él y que la pena de ver a su hijo enfermo no le había acercado a Dios, como ocurrió a Regina, sino que le había alejado todavía más por creer

que había aquel Dios bueno cometido una injusticia inmerecida...

La impiedad de aquel hombre cedería algún día, estaba de ello segura, pero no estaba todavía maduro el fruto, y Cecilia, por aquella noche, marchóse a su casa sin añadir una palabra que hiciera referencia a aquella conversación sostenida con Dormoy.

EL PODER DE UN HIJO

Gerardo no había cejado en su empeño. A cada hora, a cada minuto, le hablaba a su padre del prometido viaje a Lourdes y le preguntaba continuamente si ya pronto partirían, porque él tenía muchas ganas de poder andar y correr como los otros niños y estaba seguro, muy seguro, de que la Virgen le curaría.

Había pasado la primavera y con ella la excusa que Dormoy daba a su hijo de que en aquella región de las montañas haría demasiado frío para su naturaleza endeble. Había llegado el verano con toda su pompa y el viaje no acababa de decidirse, con gran desesperación del pobre pequeño y de su madre que, como él, tenía puesta toda su confianza en la Señora que todo lo podía.

Por fin, cuando finalizaba julio, Dormoy tuvo que rendirse ante la insistencia del hijo y de la madre.

—Consultaremos al médico y haremos lo que nos diga—había dicho reservándose aquel último balaute—. Si el doctor dice que el viaje puede perjudicar a Gerardo, no iremos, aunque me cueste un disgusto con el niño.

El doctor opinó que podían llevar al niño en automóvil con suma precaución, descansando en el camino y yendo a una velocidad moderada para que ninguna impresión aguda pudiera sobreexcitar su temperamento en exceso nervioso y sensible.

Gerardo reía de felicidad al escuchar las palabras ansiadas del doctor y para él fué una dicha sin límites todo lo referente a aquel viaje soñado durante tanto tiempo. Todo se preparaba para que el niño sufriera las menores incomodidades posibles y Dormoy quiso conducir él mismo el auto a fin de evitar baches, velocidades excesivas, virajes forzados. Sería un viaje de enfermo cuidado con mimo, un viaje que se prolongaría todos los días que fuera necesario a fin de que Gerardo pudiera llegar sin novedad a la ciudad santa a postrarse ante la Vir-

gen de la Roca, como la llamaba él con su entusiasmo infantil.

La última etapa del viaje puso en una gran nerviosidad al niño. A cada revuelta de la carretera le parecía que había de divisar ya el monasterio o la Cruz que se alzaba en el picacho de la montaña vecina proclamando la religión de Cristo establecida en aquel valle de ensueño donde la Inmaculada Concepción había escogido su trono.

Los Pirineos se alzaban triunfantes, cara al cielo, mostrando al sol sus lomos vestidos con todos los coloridos del verde, desde la tonalidad pálida de la hierba recién nacida, hasta el verde oscuro de los castaños milenarios. La pompa del verano desplegábase con todas sus galas en aquellas montañas fecundizadas por las nieves del invierno y la tierra pródiga daba a luz la maravilla de su producto que había de ser riqueza del pueblo, convertida en riqueza ganadera que pacía en las laderas del monte y había de ir luego a nutrir a toda la nación.

Gerardo contemplaba con sus ojitos entusiasmados aquellos paisajes tiernos y al mismo tiempo imponentes. Cada revuelta del camino era una revelación. La carretera

serpenteaba entre los montes como una larga cinta negra tirada al azar entre ellos, e iba siguiendo a trechos el curso del río, de aquel río que llevaba sus aguas hasta la Gruta de la Virgen que sanaba a los enfermos.

—¿Cuándo llegaremos? — preguntaba Gerardo continuamente.

—Cálmate, hijo mío, cálmate... Ya pronto estaremos en Lourdes. Pero es preciso que seas juicioso... No te excites, sino papá se va a enfadar.

Gerardo se callaba y reclinaba la cabecita sobre el pecho materno, como una flor tronchada.

—¿Te fatigas, mi vida?—le preguntaba su madre intranquila.

—No es nada, mamá... Ya pronto llegaremos...

Ya pronto iban a llegar. A lo lejos la cúpula puntiaguda de la gran Basílica se destacaba sobre el azul cobalto del cielo de agosto, mientras el cuerpo del edificio quedaba oculto entre el verde claro oscuro de las montañas y la cinta plateada del río lamía sus pies, como rindiendo eterno homenaje a la Reina y Señora de aquellos valles.

—¡Mamá, Lourdes!... Mira... ¡ya llegamos!

Regina rezó en silencio una ple-

garia a la Virgen santa, mirando al Santuario que se veía a lo lejos y hacia el que caminaban con más prisa que el automóvil, sus corazones impacientes y esperanzados.

En el hotel les reservaban habitaciones. Regina, al llegar, tomó en brazos a su hijo y lo subió hasta el dormitorio, dejándole sobre el lecho. El niño estaba verdaderamente fatigado y hondamente emocionado.

—¿Cuándo iremos a visitar a la Virgen, mamá?—preguntó.

—Mañana iremos... Hoy necesitas descansar y dormir... Llevas ya tres días de viaje... Sé bueno, no hagas enfadar a papá... Mañana iremos...

El niño no replicó. Quería ser bueno, muy bueno, para que la Virgen no pudiera negarle lo que le pedía. Y se quedó en la cama y pronto se durmió, mecido por el sueño de la esperanza.

Regina aprovechó aquellos momentos para escribir largamente a su amiga Cecilia, de la que no había podido despedirse.

“Querida Cecilia—decía la carta—. Estamos en Lourdes donde hemos venido gracias a los ruegos constantes de Gerardo. Mi marido no quería traernos, pero el niño lo

ha querido y yo también, y por fin ha cedido a nuestros ruegos.

“A Gerardo le ha fatigado mucho el viaje en automóvil... ¡Pobre Gerardo! El sueña en su curación y yo la anhelo tanto que no me atrevo a esperar en ella aunque sólo en ella confío... El próximo martes, fiesta de la Virgen, le llevaremos a la bendición de los enfermos... Mi marido no quiere que le metamos en las piscinas... Y comprendo que con lo débil que está Gerardo le podría perjudicar. Iré a la Comunión de los enfermos, a la bendición, a las procesiones... Yo creo que la Virgen nos escuchará... Mientras llega ese día con el ansia que puedes adivinar, recorreremos los alrededores... Tenías razón... No podía encontrarse marco más digno de la Gran Señora... Este país es maravilloso... La naturaleza parece haber hecho aquí su mejor obra. No puedes imaginar cómo me ha conmovido ver aparecer de pronto, sobre el fondo majestuoso de la montaña, la gran Basílica levantada en honor de la Virgen y para gloria suya... Está esto lleno de gente. Por todas partes se ven los carritos de los enfermos conducidos por esas valerosas enfermeras que acuden a todo y todo lo hacen con tanto amor

y tanta compasión. Espero con confianza el quince de agosto... Unid vosotras, Bernadette y tú, que habéis sido las inspiradoras de este viaje, vuestros ruegos a los nuestros... Que Bernadette, con su inocencia y su bondad, le pida mucho a la Virgen por la salud de su amiguito inválido... Adiós, Cecilia mía, no sabes con cuánta emoción te escribo esta carta en la que palpita toda mi esperanza y en la que mis palabras torpes no pueden expresarte todo lo que siento. Abrazos de tu amiga Regina.”

* * *

La carta llegó a manos de Cecilia cuando ésta comenzaba a extrañarse del silencio de su amiga. La leyó presurosa al reconocer en el sobre la letra de Regina y luego llamó a Bernadette y se la fué leyendo con calma, para que la niña se empapara bien de su contenido.

—Mamá... ¿crees que Gerardo se va a curar?—preguntó Bernadette, segura de que su mamá había de saber aquello como sabía todas las cosas.

—Esperemos que sí, hija mía... Pero hemos de rezar mucho, mucho, por él, porque si la Virgen le

tiene destinado a ser para siempre un inválido, tenga la resignación suficiente para saber someterse sin rebelación y sin coraje a la voluntad omnipotente de Dios.

—Mamá... yo quiero que Gerardo se cure... Verás como la Virgen le curará.

—¡Ojalá sea así, hija mía!... ¡Sería un milagro tan bello!... Reza, reza mucho para que Ella te oiga.

* * *

Regina paseaba todos los días con Gerardo por las calles de la población repletas de una muchedumbre abigarrada y enorme. Parecía que Lourdes no podía ya contener más gente de la que estaba en ella y, sin embargo, cada día llegaban nuevas peregrinaciones de todas partes, de América y de Europa y de Asia incluso, que llegaban allí con sus enfermos y sus enfermeras y sus Hermanas de la Caridad que se movían entre la muchedumbre como palomas de paz y de amor.

Gerardo lo miraba todo con sus ojos serios, tristes, pensadores; lo miraba todo y luego miraba a su madre y luego miraba al Cielo...

¿Qué pensaba aquella cabecita exaltada y vehemente? ¿Qué pedía aquel corazoncito de siete años despierto ya por el dolor y por la amargura de la vida? Sólo Dios podía penetrar en aquel pensamiento... Y el niño callaba, callaba, mientras su madre iba empujando su carrito de enfermo, mordiéndose los labios para contener las lágrimas que pugnaban por salir en torrentes desbordados de su corazón.

Lourdes era un hormigueo constante de gente. Se escuchaban todos los idiomas y se veían gentes de todas las razas. La gran explanada que se extiende ante la Basílica se veía constantemente invadida por los fieles que llegaban hasta ella y desde ella oraban a la Virgen Santa. Las oraciones más fervientes se oían brotar de todos los labios, en voz alta, elevándose hacia el cielo en una súplica encendida de esperanza... Era un espectáculo conmovedor que hacía palpar con más fuerza el corazón y llenaba de lágrimas aun los ojos de los incrédulos.

Regina esperaba con impaciencia la llegada del gran día, del día de la Asunción, día escogido para presentar a Gerardo a la bendición del Santísimo y aguardar a que el mi-

lagro, el milagro soñado y deseado con toda la fuerza de su alma dolida, se realizara, devolviendo la alegría al niño y la paz a su conciencia atormentada por el remordimiento.

El único que no participaba en aquella esperanza, que vivía apartado de toda manifestación de fe, que no acudía a contemplar la venerada imagen ni a ver el desfile interminable de los enfermos, era Dormoy, al que humillaba aquella situación. No comprendía, no quería comprender el porqué de aquellas multitudes llenas de fe, no quería comprender porqué se asomaban a la Gruta Santa en busca de la salud o del consuelo, no quería admitir que hubiera en todo aquello algo sobrenatural y maravilloso, no quería rendirse a la evidencia... Y sentía coraje de que su mujer y su hijo se hubieran dejado arrastrar por un sentimentalismo que él juzgaba pueril y absurdo.

Dormoy se limitó a prometer a Gerardo que el día de la Virgen le acompañaría a la bendición de los enfermos y esto lo hizo a instancias del niño que quería sentirse amparado por sus padres en aquel gran día en el que él había puesto toda

su esperanza de chiquillo vehemente y apasionado.

¡SEÑOR, HACED QUE ANDE!...

El gran día llegó. Gerardo no había podido dormir en toda la noche, tan grande era su emoción y tan sobreexcitado estaba, que le fué imposible conciliar el sueño... Quería estar preparado desde muy temprano y ser él uno de los primeros en llegar a la Basílica para presentar toda la ceremonia religiosa.

Lourdes resplandecía con toda su belleza. El día era caluroso, pero magnífico, y el cielo brillaba con su azul cobalto que contrastaba fuertemente con el verde espléndido de las montañas y de los prados. Gerardo se acordaba de la historia que le había contado Bernadette, se acordaba de la pastorcilla que triscaba por aquellos riscos en pos de su ganado y que, siendo tan buena y tan pura había conseguido ver a la Divina Señora y escuchar su voz y empaparse en la dulzura de aquella mirada celestial. La imaginación del niño se exaltaba a medida que iba acercándose la hora de acudir a la iglesia y recordaba punto por punto todo lo que sabía de las apariciones de la Virgen a la

niña pobre que cuidada de los corrillos y tejía coronas de flores para llevarlas a la imagen de la Virgen de su parroquia.

Desde muy temprano las campanas lanzaron al vuelo sus sonos profundos, que el eco iba repitiendo y llevando hasta los picachos del Pirineo que se alzaban fieramente, destacando su silueta airosa sobre el cielo intensamente azul.

Desde muy temprano la multitud invadió el templo y las terrazas y las escalinatas y la gran explanada que se había hecho pequeña para contener a aquel enjambre de gentes venidas de todos los países a invocar a María en un gemido doloroso mezclado a un gran suspiro de esperanza.

Los carritos de los enfermos se habían alineado en derredor de la gran explanada, en varias filas, a fin de que todos y cada uno pudiera recibir la bendición celestial. Los rostros pálidos estaban iluminados por una nueva luz de fe y de amor. Los ojos mortecinos, apesadumbrados, se abrían hoy a la luz de la esperanza que ponía en ellos un destello de alegría.

Todos esperaban en el milagro supremo... Todos deseaban ser ellos los favorecidos... Todos sentían

muy cerca, muy cerca, la gracia de Dios y la gracia de Dios estaba con ellos, porque les reservaba una gran cantidad de resignación y de dulzura a todos aquellos que volverían a sus hogares arrastrando la misma dolencia física que allá les había llevado...

La Virgen no obraba milagros en gran escala... y todos los enfermos lo sabían. Sabían que alguna vez llegaba del Cielo una gracia especial para alguna alma predilecta y que se efectuaba la curación; pero sabían también que ese don no se recibía constantemente ni era prodigado a todos los que allí acudían y, sin embargo, todos tenían la esperanza de ser ellos los favorecidos.

Gerardo estaba en primera fila. Se había hecho conducir muy temprano para conseguir un buen lugar. A uno y otro lado de su cochecito estaban sus padres con el corazón oprimido por la angustia.

Si el milagro tan soñado por el pobre pequeño no se realizaba, ¿cómo podrían consolar al niño? ¿Cómo conseguirían que se resignara a aquel dolor que tronchaba en flor una vida que hubiera podido ser opulenta?

—¡Dios, Dios mío! — susurraba

en voz baja Regina en una suprema súplica de angustia—. Yo no merezco este favor tan grande que venimos a pedir... Yo he sido muy culpable y merezco el castigo... Pero mi hijo es inocente... Mi hijo tiene derecho a una vida feliz, porque es bueno y es noble y es generoso... Dios mío, os ofrezco mi vida toda por la curación de mi hijo. Aceptad lo que queráis de mí, mandadme los más crueles sufrimientos, los dolores más agudos, todo lo soportaré sonriendo si veo a mi hijo curado de su mal...

Se esforzaba en contener las lágrimas, pero éstas se desbordaban de sus ojos en torrentes amargos. Gerardo no la veía. Gerardo tenía toda su atención fija en los cánticos que salían de la Iglesia y se extendían por toda la gran explanada en una oleada de armonía... Miles de miles de voces entonaban los himnos de gloria en honor a la Virgen pura. Miles de miles de voces se elevaban al cielo en un cántico de esperanza, de fe y de amor.

Terminado el oficio, que había celebrado de pontifical uno de los obispos allí congregados en aquel gran día, se formó la procesión.

Las niñas y jovencitas iban todas vestidas de blanco, con grandes ve-

los que las cubrían por entero y les daban apariencias de visión celestial. Los estandartes se elevaban por encima de las cabezas en una policromía brillante y deslumbradora. Los sacerdotes, vestidos de pontifical, lucían sus capas doradas que brillaban al sol como ascuas de fuego.

La procesión salió de la Basílica, bajó en dos filas por la gran escalinata cuya curva elegante Gerardo podía dominar por completo, y fué atravesando lentamente la gran explanada alrededor de la que dió una vuelta completa.

El incienso se deshacía en suaves nubes, elevándose en la atmósfera nítida de aquella mañana de verano. Los cantos se unían a aquellas nubes para elevarse también hasta el cielo. Se oía la vocecita blanca de los niños, las agudas notas de las voces femeninas, el diapasón aterciopelado de las voces maduras de varón, y todo el conjunto producía un sonido pleno, conmovedor, armonioso, que llenaba el corazón de una dulzura incomparable y jamás sentida.

Algunos enfermos unían sus voces a las de los que iban en procesión. Se escuchaban sollozos conte-

nidos y se veían brillar las lágrimas en todos los ojos.

Y, entretanto, las campanas seguían sonando con su grave y acompasado son, con su sonido repetido por el eco de las montañas que se llenaban de sones como si todas ellas fueran un órgano gigantesco.

Gerardo tenía las manitas cruzadas sobre el pecho y con sus grandes ojos oscuros iba siguiendo todo el curso de la procesión. Vió desfilar ante él centenares de niños que podían andar... Vió pasar a las muchachitas con sus trajes blancos y a los monaguillos con sus trajes rojos y a los caballeros vestidos de negro y a las Hermanitas de la Caridad que parecían palomas de paz entre aquella multitud abigarrada y apiñada en torno a la gran Basílica de la Virgen de Lourdes.

Luego vió pasar bajo el palio sostenido por fervientes católicos, al Obispo que llevaba en sus manos la Custodia, y Gerardo inclinó la frente y hubiera querido postrarse de rodillas ante el Señor que todo lo puede para pedirle con más fe su curación... Pero él no podía moverse de su cochecillo de inválido... Y sólo podía humillar su cabecita llena de pesadumbre y dejar que su corazón dijera en silencio todo lo

que en aquellos momentos sentía.

Se acercaba el momento grande, el momento solemne, el momento de la bendición...

Gerardo no apartaba sus ojos de la Custodia, que ahora iba subiendo la escalinata y llegaba a la terraza desde donde, solemnemente, mientras las campanas revolaban en un sonido triunfal, el obispo daba la bendición general a todos los fieles allí congregados...

—¡Señor, tened piedad de nosotros!—se oía gritar por todas partes en un grito de angustia.

Y la multitud, a coro, contestaba:

—¡Señor, tened piedad de nosotros!...

Entonces el obispo volvió a descender la gradería, se acercó a la interminable fila de enfermos y fué bendiciéndoles uno a uno.

—¡Señor, haz que vea!—gritaba el ciego.

—¡Señor, haz que vea!...—respondía un murmullo enorme producido por la multitud que ayudaba a impetrar la misericordia divina.

—¡Señor, haz que oiga!—decía el sordo.

—¡Señor, haz que oiga! — res-

pondían los allí congregados, como en una letanía de lamentos.

—¡Señor, haz que sane!—decía otro enfermo que no se atrevía a confesar su mal.

—¡Señor, haz que sane! — respondía la oleada de voces.

—¡Tened piedad de mí!

—¡Tened piedad de mí!...

—¡Misericordia, Señor!...

—¡Misericordia, Señor!...

—¡Madre nuestra de Lourdes, rogad por nosotros!...

—¡Madre nuestra de Lourdes, rogad por nosotros!...

Y la Custodia santa iba acercándose al lugar donde Gerardo aguardaba con el corazón oprimido por la angustia y la emoción de aquel momento solemne, el más grande de toda su vida...

Gerardo tenía su cabeza inclinada, pero sus ojitos llenos de luz y de vida no se apartaban de la Sagrada Forma encerrada en su prisión de oro y de pedrería.

—¡Señor, tened piedad de mí!...—decían ya muy cerca de él.

—¡Señor, haced que vea!—repetían constantemente.

—¡Señor, haced que ande!—gritó ya al lado del niño otro inválido como él.

Gerardo sintió un calofrío co-

rrerle todo el cuerpecito débil y febril. En aquel momento el obispo alzaba sobre su cabecita inclinada la Custodia, que proyectaba su sombra sobre el rostro pálido del enfermito e hizo en él la señal de la Cruz. Gerardo no pudo articular palabra, no pudo, como los otros enfermos, alzar su voz en una súplica ferviente. Sólo pudo inclinar todavía más la cabeza y contestar desde lo más íntimo de su corazón a aquel grito que había sonado a su lado:

—¡Señor, haced que ande!...

Luego se quedó como en un sueño de maravilla, mirando cómo la Custodia iba alejándose y escuchó aquellas voces que parecían venir de mundos lejanos y que seguían clamando:

—¡Señor, haced que vea!

—¡Señor, haced que oiga!

—¡Señor, haced que sane!

—¡Señor, haced que ande!

Gerardo ya no pudo más y rompió a llorar con un llanto desconsolado que daba desahogo a sus nervios, puestos en tensión durante muchas horas.

Regresaron al hotel desalentados. El niño no daba ninguna señal de haber curado. Regina le vió bajar del cochecillo apoyándose en sus

muletas con la dificultad de siempre, y le ayudó a subir las escaleras, que eran demasiado pesadas para el niño.

Fué un día comenzado con todo el ardor que da la esperanza y que ahora iba desgranándose lentamente con todo el desaliento de una ilusión más desvanecida.

Gerardo tuvo que acostarse temprano por la fatiga que le había causado la ceremonia y por la emoción sentida en aquellos momentos en que su fe de niño le había hecho esperar lo irrealizable.

Regina le vió marchar por la habitación lentamente, al compás de sus muletas, y, cuando vió que ya el niño se había tranquilizado, cuando le pareció que pronto el sueño invadiría sus ojitos fatigados, salió porque ya no podía más, porque ya el desaliento era tan profundo que tenía que darle un escape, y marchó a reunirse con su marido y, dejándose caer en un sillón rompió en un llanto amargo, desolado, abrasador, que le quemaba el corazón.

—¡Pobre amiga mía!—exclamó su marido acercándose a ella y acariciándole la cabeza—. Ya sabía yo que este viaje no nos traería más

que nuevos dolores y nuevas angustias. ¿Ves lo que hemos logrado? Que tú hayas sufrido una nueva y amarga decepción; que el niño se haya fatigado inútilmente; que ya no pueda ahora tener esperanza en nada, puesto que el cielo le niega su auxilio.

Regina no respondió, no pudo responder, y siguió llorando sin consuelo ante su esperanza derribada de un solo golpe.

* * *

Cecilia había estado esperando todo el día noticias de su amiga. ¿Habría logrado la curación de su hijo? ¿Habrían podido asistir a algún milagro? ¿Habría encontrado, por lo menos, el consuelo y la resignación necesarias para soportar aquella pena inmensa con que se probaba su fortaleza de cristiana?

Todo el día había estado Cecilia implorando a Dios piedad para su amiga y todo el día había sentido una extraña inquietud que no se sabía explicar. Bernadette había estado contenta, feliz, jugando en el jardín con sus compañeras y su madre la había visto reír, olvidada de la tragedia que estaba pasando su amiguito Gerardo. Los niños son inconstantes y olvidadizos, Cecilia

lo sabía, pero le apenaba que en un día como aquél, tan solemne y tan decisivo para la felicidad de los Dormoy, estuviera Bernadette tan olvidada de ellos.

Por la noche, cuando la niña se estaba desvistiendo para acostarse, preguntó de pronto a su mamá, que estaba con papá también:

—Mamá, hoy es el día que Gerardo tenía que curarse, ¿se habrá curado?

—Creí que no te acordabas de él, hija mía...

—¡Oh, sí, mamá, sí me acuerdo, y le he pedido mucho a la Virgen que le hiciera ese favor a Gerardo!... ¿No sabes si lo ha logrado?

—No sé nada. Regina me dijo telegrafiaría hoy mismo dándome noticias concretas, pero hasta ahora nada he sabido... Y comienzo a estar con angustia.

—Mamá, han llamado a la puerta... Quizá ahora sea el telegrama que esperas — exclamó Bernadette contenta y ansiosa.

—Voy a ver, hija mía.

Cecilia salió y volvió a entrar a los pocos momentos con el papellito azul en la mano. Estaba tan nerviosa que no acertaba a abrirlo.

—¿Es de ellos?—preguntó Bernadette.

—Sí; viene de Lourdes. Vamos a ver qué dicen.

Desdobló el papel y leyó con profundo pesar:

“Perdida toda esperanza. Regresamos mañana, tristemente. Regina.”

—¡No se ha curado!—exclamó Bernadette sintiendo que sus ojos se humedecían.

—Hija mía... roguemos por esos pobres padres que deben estar tan desolados, roguemos para que Dios les dé resignación, roguemos para que Gerardo encuentre en la fe consuelo a su desgracia y para que sus padres no desesperen en esta hora de prueba en que ya han perdido su última esperanza.

—Mamá.. me da mucha pena que la Virgen no nos haya escuchado.

—Hija mía... Los designios de Dios son inscrutables... Roguemos por ellos... ¿Quieres rezar conmigo el Rosario?

—Sí, mamá, recemos...

—¡Dios te salve, María!...—comenzó diciendo Cecilia, después de haberse santiguado con unción y elevando al cielo sus ojos llenos de llanto.

Bernadette contestó a su madre y así, lentamente, fueron desgranando la oración, aquella oración bendita que un día, en los tiempos en que vivía alejada de todo acto piadoso, Regina había calificado de latosa y monótona...

* * *

En Lourdes seguían, entretanto, llorando los padres su desconsuelo, sin ocurrírseles acudir a Aquella que era la única que podía darles consuelo.

Gerardo se había quedado dormido y las sombras de la noche invadieron su habitación. Desde su camita podía ver la imagen de la Virgen de Lourdes que su mamá le había comprado y que estaba colocada sobre el tocador, frente a la ventana abierta de par en par en aquella noche estival en que el calor se hacía sentir lentamente.

Gerardo soñó... Soñó que guardaba un rebaño de corderillos jugueteros que triscaban por aquellas montañas altas, altas, a las que él, con sus muletas, apenas podía subir.

Soñó que marchaba en pos de los corderillos fatigosamente y que se había sentado a descansar a orillas del río, que corría por la la-

dera de la montaña y se metía por unas enormes rocas cuyas plantas lamía dulcemente.

Gerardo se había quedado allí solo. Sus corderillos habían seguido su camino sin acordarse del pastor. Y él, el pastorcillo cojito, estaba sentado mirando fijamente aquellas rocas enormes...

De pronto escuchó el retumbar del trueno... Pero no tuvo miedo aquella vez, no le asustó aquel zumbido estruendoso que llenaba de ruido las montañas... Y miró en torno y vió que el cielo estaba muy azul y el sol brillaba en el horizonte y que unos cantos dulcísimos se elevaban de la tierra en un himno de gloria que cantaba:

—Ave, ave, ave María...

Y de pronto soñó que una señora bellísima, vestida de blanco y azul, se aparecía en el hueco de la roca y le hablaba dulcemente, dulcemente... pero Gerardo no podía oír sus palabras... La voz se perdía entre las voces que cantaban y el ruido del trueno que no cesaba de retumbar en la lejanía como formando un fondo de órgano grave a aquel coro de voces que se alzaban en su cántico celestial:

—Ave, ave, ave María...

Gerardo se despertó sobresaltado

y se incorporó en su lecho... Allá, en el rincón de la habitación, se destacaba la imagen blanca y pura de la Virgen de Lourdes iluminada por la luz de la luna que penetraba por el gran ventanal abierto.

El niño miró con ansia a la imagen. Le parecía que la Virgen le sonreía y le invitaba a postrarse a sus plantas. Estaba bellísima inundada de luz de luna que al niño le parecía una luz sobrenatural. Gerardo buscó a tientas sus muletas, las tomó con cautela para no hacer ruido, saltó de su camita y marchó penosamente hasta colocarse a los pies de la divina Señora.

Se paró ante ella y la miró con sus ojitos asombrados, con sus ojos que despedían chispas de esperanza... Por la ventana abierta llegaban los cantos oídos entre sueños...

Eran las voces de los fieles que habían asistido a la procesión nocturna. De la gran Basílica salía una enorme muchedumbre que se dividía en dos largas hileras y descendían por la doble escalinata de elegante curva que bajaba hasta la explanada. Todos llevaban en la mano la antorcha encendida. En la obscuridad de la noche brillaban las luces que oscilaban al viento. Y las luces iban avanzando y se esparcían

por la explanada y daban vueltas en torno cantando la oración ingenua, el saludo cariñoso elevado a la Virgen:

—¡Ave, ave, ave María!...

Al pronunciar el dulce nombre se alzaban los brazos que sostenían las antorchas y éstas refulgían por encima de las cabezas con destellos de esperanza, como los destellos que brotaban de los ojitos negros de Gerardo, que seguía extático, mirando a la Virgen, pidiéndole en una extraña exaltación de fe, la salud para sus piernecitas enfermas que no podían sostenerse, que no podían doblarse, para rendirse ante la imagen de Aquella a la que imploraba con toda su alma inocente y buena.

—¡Ave, ave, ave María!—cantaban las voces de los fieles congregados en la gran explanada.

—Ave María...—rezaba en París Cecilia la buena, la humilde, la santa.

—Ave María...—contestaba con fervor Bernadette, implorando la salud de su amiguito.

—¡Ave María! —gritó Gerardo mirando a la Virgen santa que se destacaba blanquísima y hermosa sobre el fondo oscuro de la habitación.

El niño quería arrodillarse, quería implorar el socorro de su madre celestial, cayendo ante ella de rodillas, pero sus piernas estaban anquilosadas y no le obedecerían.

Gerardo quiso probar... Quería arrodillarse y su voluntad era tan fuerte que no le importaba el dolor que pudiera producirle el esfuerzo. Recogió sus muletas en una sola mano y fué deslizándose penosamente, poco a poco, con suma lentitud... No sentía ningún dolor... Sus rodillas cedían, se iban tornando flexibles, iban tomando el movimiento que hasta entonces les había estado vedado.

Gerardo sonreía con una sonrisa celestial, sonreía y lloraba al mismo tiempo, mientras sentía que sus piernas iban adquiriendo una nueva vida. No se dio cuenta de que la puerta de la habitación se abría para dar paso a sus padres. No se dio cuenta de que éstos ahogaban un grito de sorpresa. No se dio cuenta de que su madre se apretujaba el corazón para que no le saltara del pecho.

Gerardo no tenía ojos más que para la Virgen, para su Virgen santa que le miraba con dulzura, como si comprendiera toda la angustia sufrida por su corazoncito infantil.

Gerardo se arrodilló cruzando sus manitas en un gesto de entusiasmo y elevando su vocécita pura oró como todos:

—¡Ave, ave, ave María!...

—¡Ave, ave, ave María!—replacaban las voces que se oían a lo lejos cantando a la Virgen en aquella procesión de las antorchas a la que sus padres no habían querido llevarle.

Ahora ya podría ir él solo, por su propio pie. Iría y cantaría más fuerte que nadie, para que su voz llegara al cielo más pronto.

—Ave, ave, ave María...

Gerardo se puso en pie para probar sus fuerzas... ¡Estaba curado!., Dió un grito y volvió a postrarse de rodillas...

—¡Hijo mío! — gritó su madre corriendo a él, arrodillándose a su lado y abrazándole sobre su corazón, llorando de júbilo..

—¡Mamá.. la Virgen me ha curado! — dijo el niño sencillamente, abrazando a su madre en un éxtasis de maravilla.

La madre y el hijo alzaron los ojos a la imagen sin dejar de abrazarse. La fe les había salvado... Y sus oraciones se unieron en una acción de gracias sincera, profunda, emocionada.

Dormoy no tenía palabras ante aquello tan grande que sus ojos habían visto... Había sido ciego, pero ahora ya veía... Había sido sordo a la voz de Dios... pero ahora escuchaba con arrepentimiento de no haber oído antes, la voz que venía de Dios... El milagro no era sólo la curación de su hijo; el milagro era la salvación de su alma que había estado tan alejada de todo aquello que le parecía humillante para su personalidad de "sprit fort", del que se vanagloriaba continuamente... Dormoy creía... porque había visto. Era un segundo santo Tomás... Pero Tomás fué santo... y él tendría que trabajar mucho para hacerse perdonar toda su impiedad de tantos años.

Lentamente, sin decir palabra, se acercó a la Virgen, la miró de cerca, vió aquella aureola de luz que le daba la luna diáfana de aquella

noche de verano, vió los ojos de la imagen vueltos al cielo en una expresión arrobadora y lentamente, pensando bien en lo que hacía, levantó su mano derecha y se santiguó con una unción como jamás se hubiera creído capaz de hacer, y luego se arrodilló y hundió en el pecho la cabeza y dejó que las lágrimas vinieran a purificar su alma pecadora, de descreído, que volvía a la luz iluminada por aquel resplandor seráfico que emanaba de Lourdes.

Las voces de los fieles seguían llegando hasta ellos en oleadas armónicas, mezcladas las voces blancas de los niños al diapason profundo de los hombres, y destacándose por encima de todas los agudos femeninos que alzaban su tono en aquella plegaria ingenua:

—Ave, ave, ave María...

FIN

Próximo número: LA HERENCIA por Kay Francis

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCION PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Ediciones ideales

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts

El film de hoy

52 páginas de texto. - 5 Ilustraciones interiores.
Postal-regalo. Precio 50 cts.

EL SOBRE MOJICA

Conteniendo una novellita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

Cowboys y Detectives

Asuntos de emoción, completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.
350 títulos publicados. Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

56

E. B.

Precio: Una peseta